

“¿Te acuerdas, Enrique?”

Remembranzas con la *nonna* en el Rancho San Felipe

ROBERTO DE GASPERIN

XALAPA, VER., AÑO 2012



“¿Te acuerdas, Enrique?”

Remembranzas con la nonna en el Rancho San Felipe

Roberto De Gasperin

Xalapa, Veracruz, 2012

© Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio sin permiso escrito del autor.

EDICIÓN Y DISEÑO: GAUDENCIO REYES GONZÁLEZ

Para Miguel,
más que un primo, un hermano.

A la memoria de mi padre, Don Neto, *nonnos* y tíos
del Rancho San Felipe.

*L'onestá fu il loro ideale,
il lavoro la vita,
la famiglia il loro amore.*



Agradecimiento:

*Al tío Tollo Sampieri
por su detallada
y casi obsesiva corrección del texto.*

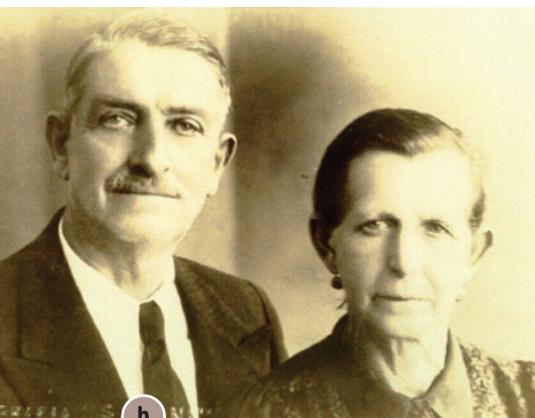
*A Ernesto,
por muchas de las fotografías
que ilustran estas remembranzas.*

Índice

Prólogo	7
Introducción	9
1. “¿Te acuerdas, Enrique...?”	11
2. “¿Te acuerdas, Tollo...?”	35
3. “¿Te acuerdas, Miguel...?”	47
4. “¿Te acuerdas, Efrén...?”	53
5. “¿Te acuerdas, Roberto...?”	59
6. Don Neto	81
7. Los “dichos” de Doña Silve	97
Anexos	123
Anexo I. Oración de la Sagrada Familia	124
Anexo II. Para la tía Chabe (<i>in memoriam</i>)	125
Anexo III. Para mi papá (<i>in memoriam</i>)	132



a



b



c

Familia De Gasperin Gris.

- a) Arriba: Modesto, Raimundo, Delfino, Gino y Ernesto. Abajo: Isabel, Rita, Vigilio, Teresa, Hida y Amalia.
- b) Vigilio y Teresa De Gasperin.
- c) Angela y Archangelo De Gasperin.

Prólogo

El psicólogo y maestro Roberto De Gasperin nos ofrece en este pequeño libro una mirada parcial de la infancia que le tocó vivir y de sus andanzas. Un verdadero regalo. En cierto modo, un libro de travesuras más que de aventuras.

Se ha dicho que el territorio de la infancia es tan oscuro y misterioso como el futuro. Pero en este caso la infancia es recobrada de manera colectiva. Son muchas las voces que hablan bajo el *leit motiv*: “¿Te acuerdas...?”. Y así, poco a poco, se recrea un alma, una atmósfera, que suele ser tan elusiva, tanto para quienes han vivido lo escrito como para quienes ahora serán sus lectores.

Hay dos características que en este caso hacen posible esta recreación. Una, ya lo dijimos, lo colectivo. Están ahí la *nonna*, Don Neto (su papá), los tíos Mundo, Delfino y Modesto, las tías Isabel, Rita y Amalia, así como el tío Victorio Sampieri y los hermanos Enrique, Tollo, Efrén y el primo Miguel... y la única mujer, Dora María, sumamente bella e inteligente. Por cierto, casi no se menciona a Emilio Zilli de Bernardi, futuro vicerrector de la Universidad Veracruzana —omisión significativa, diría Freud— que aparecía a cada rato para jugar fútbol, no movido por la pasión al deporte, sino por su amor a Dora María, su futura esposa, defendida por toda una muralla de celosos varones (Victorio, Efrén, Enrique, Roberto, Ernesto, Alfredo, Adrian y Javier). Y por último —*last, but not least*— Doña Silveria, la madre, una personalidad original y arrolladora.

Otra característica singular consiste en que casi todo se desarrolla o parte del Rancho “San Felipe”, no lejos de Córdoba (Veracruz), donde abundan el café, las naranjas, los plátanos y un sinnúmero de otros árboles, frutas y flores. Poco a poco, las abejas, y luego, sobre todo los pollos y la caña de azúcar, irán desplazando al café, que al principio era el medio de subsistencia,

pero cuyo precio bajaba y subía como el petróleo. Un rincón lleno de vegetación y de vida, por donde pasa el ferrocarril, como una provocación incesante para salir al mundo exterior.

De estas salidas posteriores se habla también aquí, sobre todo de las visitas a la tierra de los antepasados: la provincia de Belluno, en el norte de Italia.

El libro no se caerá de las manos de quien lo quiera leer con el corazón. Algo de la propia infancia se puede traslucir aquí y allá, sin que deje de ser verdaderamente singular la vida vivida en el Rancho "San Felipe". Hay ternura y amor en todas estas páginas. Así hay que leerlas.

José Benigno Zilli Mánica

Introducción

Dice Ramón María del Valle-Inclán que “las cosas no son como las vemos sino como las recordamos”. La verdad histórica puede ser una y cómo la contemos otra, o simplemente un poco diferente. Es así en mi caso: los hechos son reales, pero la manera de verlos es personal.

Digo, por ejemplo, que la *nonna* Teresa era para mí la *nonna* del Rancho San Felipe; *la vecha* (vieja, como decía el *nonno* Isaac) siempre de vestido oscuro, que rezaba por largo rato antes de dormir; que con frecuencia exclamaba: *Dio sia benedetto*. Imposible que no asistiera a misa los domingos, que hablaba un español/véneto, que hacía *la polenta* y *la menestra*, pero para mi papá era sencillamente su madre. En cambio, para mi madre era... su suegra, con autoridad oculta o semioculta sobre hijos, nueras y nietos. Perspectivas diferentes, acepciones diferentes, pero se trata de la misma persona. Cada acepción es válida.

Asumo con gusto la perspectiva que me corresponde y trato de narrar algunos hechos vividos en el Rancho San Felipe, del municipio de Córdoba, Veracruz, donde nací y crecí. Sucesos con mis hermanos y primos, con la familia, en diferentes épocas.

¿Por qué “Te acuerdas...”? Porque en muchas reuniones familiares, como *la posada* o la fogata de Año Nuevo, donde cantábamos canciones como *La violeta* (favorita de mi papá) o *La feria de las flores*, la canción-reactivo del tío Delfino, *Amor dammi quel fazzolettino* y tantas más, en los recesos comenzábamos a recordar episodios y travesuras de niños. Generalmente la pregunta era, Hortencia la hacía con frecuencia: “¿Te acuerdas, Enrique...?”, “¿te acuerdas, Miguel...?”, y venía el episodio que, como los chistes, uno se traía al otro y al otro...

Los chicos nos escuchaban, todos nos reíamos y nos convencíamos de que lo que ahora a los adultos nos espanta de los menores, nosotros lo hacíamos cuando éramos niños; sólo que la perspectiva era diferente. El tiem-

po no es lineal, más bien es espiral, da vueltas. Lo que ahora nos espanta de los jóvenes, nosotros lo hacíamos de otro modo o muy parecido cuando éramos niños o jóvenes. “Juventud, divino tesoro...”, dice Amado Nervo. Tesoro que, cuando se tiene, uno no se percata del todo de lo que tiene. El escritor latino Virgilio lo expresa de modo semejante: “¡Felices los agricultores si supieran los bienes que poseen!”. Al igual que la salud, hablamos de ella cuando sentimos estarla perdiendo.

Aunque sería una pretensión ambiciosa llamar a estos relatos “literatura”, no obstante vale la pena decir, como Mario Vargas Llosa, que uno de los objetivos de la literatura es entretener, divertir, distraer. En referencia a la escritora danesa Isak Dinesen, dice el premio Nobel de Literatura 2010 que “contar es encantar”. Si estos relatos contados logran *encantar* un rato, ha valido la pena escribirlos y leerlos. En realidad están vacíos hasta que el lector benévolo los llene del significado de su vida personal.

Así como la diferencia entre los niños y los adultos es el precio de sus juguetes, de igual manera los niños hacen travesuras acordes a su edad; los adultos las hacemos acordes a la nuestra. Porque la vida es más divertida con un poco de humor. Reírse incluso de uno mismo. “Bienaventurado el que puede reírse de sí mismo, nunca le faltarán motivos para reírse”, dice un proverbio chino.

El significado para mí es el valor de los amigos y sobre todo de la familia como espacio para la formación de las personas, el papel de los padres como educadores y el de los hijos como reeducadores de los adultos. Y la mejor reeducación que recibimos de los menores es el reaprender a reírse, a ser menos “serios” siendo responsables, a no tomarse la vida tan en serio. Elizabeth Kübler-Ross concluye de sus estudios que lo que más lamentan las personas cercanas a la muerte es el no haber vivido y haberse tomado la vida tan en serio. No haberse divertido en ella. ¡Qué pena!

Para mí ha resultado divertido escribirlos o recordarlos. Ésa es mi parte. Para mis hermanos, hijos y sobrinos, el placer de seguir recordando: “¿Te acuerdas...?” y de seguir viviendo el presente con mejor calidad de vida, mediante el sentido del humor.

1 “¿Te acuerdas, Enrique...?”

¿Te acuerdas, Enrique...?

Cómo no vas a recordar, si tú eras el más *moles-tón* de todos y toda tu cabeza funcionaba ideando qué hacer, cómo hacer bromas; siempre ideando de qué manera molestartos a Victorio, a Efrén, a mí, a todos. Parece queja, pero no lo es. Es un recuerdo bien vivido, de los muchos del Rancho San Felipe en los tiempos de la *nonna* Teresa.

Bueno, Enrique era delgado, alto (como un *pisclé*, un pajarillo pequeño y saltarín), de cabello chino rubio, de ojos claros como cayucos (sé que la tía Rita dijo de él cuando era niño: “Ni el niño Dios estuvo tan bonito”). Toda su mente estaba claramente pensando, sobre todo si estábamos dormidos,



Enrique, un año.

qué travesura hacer. Como en una ocasión que fuimos a nadar un domingo al Río Seco (cuando tenía agua, cuando todavía estaba limpio y se podía nadar en él) en la poza que se llamaba *Poza de los Patos* (nunca supe por qué, porque ciertamente patos no había). Junto al río estaba una finca de café y plátanos, además de naranjos, y no nos dimos cuenta que Enrique se salió discretamente del río, se escondió entre las plantas de café y nos escondió la ropa a todos. ¡La vergüenza de regresar caminando por la vía al rancho, desnudos! Miguel se percató de ello y nos dijo: “este *cabrón* nos

escondió la ropa a todos”. Salió corriendo entre la finca (Miguel era muy rápido) y lo alcanzó, le quitó la ropa de todos, incluyendo la de Enrique, porque nadábamos desnudos en el río. Y entonces, ya con la ropa de Enrique y habiendo recuperado la nuestra, nos vestimos y nos regresamos al rancho caminando por la vía del tren, esperando a ver qué hacía él sin ropa.

Enrique se quedó dentro de la finca; el caballo que habíamos llevado también se quedó, amarrado. Llegamos al rancho, todos vestidos y mojados; platicamos lo que había pasado y esperamos para ver qué pasaba, qué hacía Enrique. Era un domingo en la tarde; estábamos en el patio mi papá, mi mamá y mis hermanos más chicos, en espera de ver cómo

iba a llegar Enrique. También estaban la *nonna*, la tía Rita, el tío Mundo. Cuando lo vimos llegar por la subida de la vía, montado a caballo, tapándose con unas hojas de plátano y con una expresión de victorioso, como diciendo: “me quitaron la ropa, pero no me hicieron enojar y finalmente salí ganando”. Cuando lo vimos llegar con su taparrabos de hojas de plátano, realmente todos estábamos a las carcajadas y Enrique, tapándose por delante y por atrás con unas hojas de plátano y montado en el caballo, fue a ponerse ropa. Pero finalmente salió victorioso de la situación.

Cómo no recordar también la época de la naranjas *malta*s (también llamadas *mandarinas*). Nos íbamos donde había naranjos, frente al sótano, en la parte del tío Mundo; las ramas se doblaban de tantas naranjas (*copetes* les decíamos) y nos poníamos a jugar guerra de naranjas, dos contra dos o tres contra tres: alguien cortaba naranjas y a tirar como si fuese “parque”, a reventarnos las naranjas y quedábamos empapados de jugo de naranja por todos lados. Nos pegábamos de naranjazos, aunque visto a los años esto era una pena porque dejábamos el piso lleno de naranjas reventadas. O nos subíamos a los naranjos a comer y cada quien se posicionaba de una rama, de una horqueta del árbol y ahí a comer naranjas hasta que dejábamos el piso lleno de puras cáscaras y huesos, de que comíamos a más no poder. Por supuesto, no faltaba el que tiraba una naranja medio podrida al del otro naranjo y se reiniciaba la guerra de las naranjas.



En esa época nunca tuvimos una camioneta o auto. Mi papá sólo tenía un caballo colorado y el tío Mundo uno blanco, para jalar la carreta del rancho. Más adelante, en una época mejor, siendo Enrique un adolescente, mi papá compró una motocicleta, una *Carabela 100*. Enrique la manejaba realmente de manera extraordinaria, con una maestría única y habilidad impresionante.

En una ocasión en que venía de Córdoba, al enfilarse hacia el rancho, en la entrada estaba mi papá platicando con el tío Mundo en el centro del patio. Enrique dirigió la moto a toda velocidad derechito contra ellos, como si los fuera atropellar; un metro y medio antes o dos frenó intempestivamente, dio la derrapada a la moto en el pasto y ésta quedó parada justo a un lado de mi papá y del tío Mundo, que obviamente pegaron un brinco, sobre todo mi papá, que fue divertido verlo dar un salto, flaco como era y torpe para moverse también, porque era, como dicen, la réplica de Don Quijote: “flaco y seco de carnes”. Está por demás decirlo: Enrique y los que lo vimos a las carcajadas, y mi papá enojado diciéndole “camarón” (por no decir: “cabrón”).

En otra ocasión, justamente por algo que hizo —una travesura sin duda, porque siempre era así: inquieto y listo para hacer algo que fuera travesura— mi papá lo llamó para castigarlo. Se quitó el cinturón y le empezó a dar con él una *cinturoniza* (ahora nos espantaríamos por el llamado “maltrato infantil”, pero entonces era normal que nos dieran con la mano o con el cinturón, con la vara o lo que fuera). Pero Enrique no se dejó vencer: a cada *cinturonazo* que le pegaba delante de los demás, él se retorció de modo chusco, aunque le dolía, y gritaba como el *ampayer* de beisbol: *strike one!* Mi papá, más enojado aún, le pegaba otro; Enrique decía riéndose *strike two!* y se reía y se retorció del dolor pero finalmente no mostraba que le doliera, no se

rendía. Ante el tercer *cinturonazo*, él gritó: ¡bola mala! Mi papá ya comenzaba como a “aflojarse” de ver las reacciones de Enrique, pero le pegó otro y Enrique exclamó: *strike three!* ¡Ponchado!

Ante eso, mi papá y los demás ya no pudimos contenernos; nos moríamos de la risa. A mi papá también le ganó la risa por las ocurrencias de Enrique y le dijo: “¡Ya mejor vete por ahí!”, apenado de que le hubiera ganado la risa y no haberlo podido castigar como él quería. Finalmente, Enrique había salido triunfador del castigo. Ése era su estilo: salir triunfador de todas las situaciones...

¿Te acuerdas, Enrique, también de los episodios del tío Mundo? El tío Mundo, oficialmente Raymundo, segundo hermano de mi papá, era un hombre alto, flaco, “seco de carnes” y un poco agachado al caminar. Lo más parecido al tío de Federico Fellini en la película *Amarcord*, el tío que visitan y llevan de paseo en una carretela, que en un momento se sube a un árbol y empieza a gritar *voglio una donna! voglio una donna!* Sin duda, le hizo falta una ñora porque siempre permaneció soltero, viviendo con la *nonna* Teresa y la tía Rita, por muchos años en el rancho y después en la casa que construyó en Peñuela.

Al tío Mundo a veces lo escuchábamos que hablaba solo cuando andaba por la finca, al estar cortando café con su *tenate* colgado de la cintura. Era un Hércules de piel apiñonada, siempre de sombrero de palma y ojos miel; un hombre fuerte, con una resistencia y una capacidad para cargar los racimos de plátano, el que manejaba siempre el caballo blanco y la carreta, una carreta con ruedas grandes de fierro, que se utilizaba para andar por el rancho y acarrear el plátano y, cuando había cosecha de café, también para subir los costales de café y llevarlos a la casa.

Entiendo que el tío se ganó en una rifa una bicicleta nueva muy bonita, rodada 28. Lo curioso

de la bicicleta del tío Mundo es que siempre fue nueva, porque casi no la utilizaba para que no se gastara. Cuando íbamos al rancho, no faltaba alguno de nosotros que la sacara de un cuarto que le llamábamos “el cuarto de los fierros”, donde se guardaba el café y la herramienta, junto a donde estaba el tostador del café, que era una maravilla cuando se ponía uno a tostar café en el *tostín* (tostador de café) —así le llamábamos— dándole vueltas y vueltas y la leña debajo.

Ahí guardaba el tío Mundo su bicicleta y, curiosamente, nunca perdió las marcas de los pedales pues nunca se gastaron, los frenos casi no, las llantas estaban casi nuevas porque cuando el tío Mundo la llegaba a utilizar para ir a San Rafael Río Seco, se iba muy despacio. Si había charcos daba la vuelta o cargaba la bicicleta y pasaba rodeando los charcos, para que la bicicleta no se ensuciara. En San Rafael, al bajar hacia el camino de Los Pinos, en la parada del camino para Córdoba, donde hay una ladera y una bajada junto al panteón, el tío se bajaba de la bicicleta y la bajaba caminando para no gastar los frenos. Entonces era una bicicleta que nunca se gastó, que nunca dejó de ser nueva y el uso mayor que le dimos fuimos los sobrinos que nos atrevíamos a usarla y el tío nos la prestaba de malas o se enojaba cuando la tomábamos sin su permiso, para dar vueltas en el *asoleadero* de café al menos en dos bicicletas, la de él y la nuestra.

¿Te acuerdas, Enrique, cuando en el corredor de la casa el tío Mundo estaba sacando sus cigarros *alas azules* y su encendedor para encender su cigarro, que disfrutaba como un ritual? En eso el tío estaba sentado, tú también y le dijiste: “tío, tío, no gaste su encendedor, ¿cómo cree? Se le gasta el gas. A ver, yo le enciendo su cigarro”. Y entonces le acercabas el encendedor y el tío Mundo acercaba la cara, con el cigarro en la boca para encenderlo, y tú le fuiste retirando el encendedor, y el tío

Mundo se fue haciendo para adelante, hasta que casi se cayó de la silla. Entonces el tío, enojado, te dijo: “vete por ahí”.

Enojado, el tío Mundo sacó su encendedor nuevamente y saliste tú nuevamente: “¡No, tío Mundo. No lo use como cree, se le gasta el gas. A ver, a ver, yo se lo enciendo!” Y nuevamente el tío Mundo, cayendo inocentemente, empezó a moverse hacia adelante, hasta que ya casi se caía de la silla, y volvía a decir: “¡vete por ahí tú!”. Y éste, bueno, con la risa de todos nuevamente, y así la tercera vez, y nuevamente con el argumento tan convincente para el tío Mundo de que *no gastara su encendedor* (“hay que ahorrar, no gastes más que en lo que precisa”, eran las consignas) porque se le acababa el gas, se le acababa la piedra, ahí está el tío Mundo nuevamente con el cigarro: Volvía a caer en tu truco, acercándose con el cigarro a la flama que le acercabas a la boca, y retirándolo poco a poco, y el tío Mundo avanzando, avanzando, avanzando... nuevamente hasta que se caía prácticamente de la silla tratando de alcanzar la flama, hasta que ya, como a la quinta vez ¡finalmente! el tío Mundo pudo encender su cigarro del encendedor que tú le estabas acercando. Y el de él... ¡no se gastó!

Otra cosa que nosotros hacíamos a veces con el tío Mundo, y que nos gustaba mucho, yo no sé por qué ¡bola de chamacos traviosos!, era sacarle los cigarros a su cajetilla *alas azules* o *delicados* sin filtro. Le sacábamos poco a poco a un cigarro el tabaco, le metíamos cabecitas de cerillos y los rellenábamos de tabaco, a uno o dos de ellos. Entonces, cuando el tío Mundo estaba para fumarse un cigarro, sentado en un sillón del corredor o caminando, sacaba su cigarro y lo encendía, estábamos los tres o cuatro sobrinos expectantes, esperando nada más que al cigarro le llegara la flama, que le llegara a la mitad donde estaban las dos o tres cabezas de

cerillo. Cuando llegaba ahí, pues era una pequeña explosión que le espantaba, pegaba un brinco y tiraba el cigarro. El tío se enojaba: “¡bola de chamacos, son unos demonios!”; y, bueno, se enojaba mucho. Nosotros obviamente salíamos corriendo y no nos alcanzaba.

El tío acostumbraba también, cuando ya vivía con la *nonna* y la tía Rita en Peñuela, venirse todos los días al rancho y recostarse en las tardes un rato después de comer. Comía con nosotros y se acostaba a dormir en la carreta, usaba un costal de raspa como almohada y ahí dormía su siesta. Recuerdo que una vez también sacamos la carreta con el tío arriba, para susto de él porque estaba dormido, y le abríamos el portón y jalábamos la carreta, pero lo que no recuerdo es que ese día estuviera lloviendo, como lo hicimos con un trabajador, el hijo de Don Canuto (¡qué nombre!) llamado Demetrio (de una familia de Puebla que trabajó en el rancho), a quien sacamos en plena lluvia. Y, bueno, al tío así le hicimos y obviamente que él se enfureció con nosotros. Demetrio sí aguantó la broma.

Me sorprendía mucho a veces oírlo, cuando andaba cortando café, como que hablaba solo. Yo me acercaba para tratar de entender lo que decía, a él le gustaba andar “repasando” (así decía) es decir, cortar todo lo que iban dejando las cortadoras y cortadores de granos sueltos en las matas de café, que dejaban aquí y allá. Entonces el tío andaba con su tenate grande colgado de la cintura, recogiendo y cortando lo que dejaban tirado o cortando lo que dejaban en las ramas; llenaba el tenate nada más de puros “repasos”, como él decía. Pero lo más sorprendente es que, una vez que llenaba el tenate, éste se lo vaciaba a alguna de las cortadoras, para que pesara su costal y eso era parte de lo que se les pagaba. Es algo que a mí me sorprendía mucho. Era algo generoso de su parte, recoger lo que dejaban y dárselo a alguna de ellas, para que

se le pagara por el corte. ¡Seguramente, alguna de las cortadoras le gustaba! Hay que repetir lo que gritaba el tío de Fellini: *Voglio una donna!*



Tío Delfino, Álvaro, Concha, Irma, Ernesto y Alfredo.

¿Te acuerdas, Enrique...? Eso sí estuvo genial: en una ocasión que venías de Córdoba, ya como de 16 años, y que fue cuando teníamos en el rancho una motocicleta *Carabela 100*, y pasabas frente a la tienda del tío Delfino en Peñuela, *La Y Griega* (donde comenzaba la carretera vecinal para Potrero, donde nos desviábamos para el rancho,

caminando por la vía). El tío Mundo se venía también para el rancho, pero por la vía del tren (eran dos kilómetros y se pasaba el puente sobre el Río Seco), que le preguntaste: “¿y a donde va, tío?”, “no, pues para el rancho”, respondió él; “no, pues véngase conmigo, para qué se va caminando, lo llevo en la moto”. Pues no te hubiese hecho caso el tío Mundo, porque imaginarlo flaco, alto, torpe y tosco, no acostumbrado a movimientos como era venir en la moto, venirse contigo en la motocicleta fue algo que el tío nunca olvidó.

La carretera para Veracruz, después de la desviación para Potrero, no estaba pavimentada. Entonces en cada hoyo dabas la vuelta con la moto, para no caer en él, y la verdad es que ibas serpenteando, rodeando hoyos y subiendo pequeños bordos a lo largo de la vía, y el tío Mundo agarrado atrás como *chatilla*, sin saber qué hacer, todo espantado, y luego la subida del panteón lo mismo, hasta llegar al pueblo atravesando por el campo de fútbol; y en lugar de seguir el camino, subiendo las cunetas, las bajadas, las subidas, los hoyos, en fin. Y el tío Mundo atrás, no sé si con los ojos cerrados, pero muy espantado, hasta que llegaron finalmente al rancho y cuando el tío Mundo se bajó todo mareado, se fue a sentar en el escalón de la casa, todo cansado y agotado, así como mareado. Salió entonces mi mamá y le preguntó: ¿y tú, Mundo, qué te pasó?”. Él le respondió: “Estoy más cansado de haberme venido con Enrique en la moto que de haberme venido caminando por la vía del tren”. Yo creo que fue el debut y la despedida, el tío —creo— jamás se habrá subido nuevamente a la moto contigo.



Tío Mundo y tío Mode.

Quando yo nací en 1950, en el Rancho San Felipe, el *nonno* Vigilio había muerto un mes antes ahí mismo, me parece que de tuberculosis. Es curioso cómo se acaba una vida como a los 70 años —no recuerdo exactamente— y llega otra, que fui yo justamente que nací en el Rancho, en la casa paterna. La *nonna* fue viuda y nunca dejó de serlo y, bueno, pues para nosotros era la *nonna*, no la suegra de mi mamá, pues era también quien corregía, porque nosotros vivimos en el rancho hasta que nací yo, es decir, fui el cuarto, y bueno pues era convivir con los tíos, el tío Mundo y la tía Rita. Siempre eran los que vivían en el rancho con la *nonna*, y cuando íbamos con mi papá al rancho caminando por la vía, para ayudarle a cortar el café o el plátano, pues nos teníamos que ir con él y comíamos en la casa en la mesa grande, con el tío Mundo, la tía Rita y la *nonna*.

Al fondo de la casa había un reloj antiguo, que estaba en una repisa; junto al comedor había una ventana donde nos sentábamos, con una reja que daba hacia el jardín y a la finca de atrás. Desde esta ventana podíamos ver cuando una camioneta pasaba, se veía junto al pozo, cómo subía, y corríamos por la sala de la casa para verla pasar después en la curva, al fondo del patio del rancho, porque el camino no estaba pavimentado.

Recuerdo también cuando estaba muy chico, como de seis años, que en una ocasión mi papá me dejó en el rancho sin que yo supiera, porque yo no quería quedarme, y me espanté de que ellos hubieran regresado a Peñuela y a mí me dejaran con la *nonna*, el tío Mundo y la tía Rita. Bueno, yo estaba espantado de que obscureció y yo me quedé ahí (como los gallos y las gallinas, quería regresar a mi gallinero). Esa noche recuerdo haber dormido en la cama que era de la *nonna*, que era una cama matrimonial, de esas de tubos altos como de latón, con un colchón que estaba lleno de hojas de maíz, que obviamente se aplastaba y una vez por semana le metían manos por unos hoyos para remover todas las hojas de maíz, para que quedara un poco menos plano. Hasta la recámara del fondo es donde dormía la *nonna*; su pequeña ventana alta daba hacia el corralito, donde había unos naranjos de ombligo y el gallinero.

Cómo recuerdo esa noche en la recámara de la *nonna*: yo niño, asustado, escuchando a la *nonna* hincada en un reclinatorio, que se ponía a rezar y rezar en italiano: *Ave María, piena di grazia, il signore sea con te, tu sei benedetta fra tutte le donne e benedetto è il frutto del tuo seno, Gesù. Santa Maria, madre di Dio, prega signora per noi, peccatori, allora e nell'ora della nostra morte. Amen.* Después, al rezar la letanía, larga y lenta, sus respuestas eran con una “r” a la italiana, muy suave y larga: “*rrruuega por nosotros*”.

Todo lo rezaba en italiano, más bien en véneto. Nunca habló bien el español; hablaba un italiano/español más parecido al del Véneto, y todas sus comparaciones siempre tenían que ver con Soranzen (donde vivió, cerca de Cesiomaggiore y Feltre), con el pueblo, con el arroyo (el torrente Caorame), lo que hay en Soranzen. Siempre su mente recordaba todos los eventos, los lugares del pueblo, de donde ellos se fueron cuando emigraron en abril de 1912, estando ella embarazada de mi papá. Emigraron con los cuatro hermanos mayores, y mi papá nació en octubre, ya en México, en el Rancho La Purísima, en El Ocote (Municipio de Huatusco, Estado de Veracruz), que fue el rancho que compró el *nonno* al llegar a México con su familia. Yo de niño, de cinco o seis años tal vez, escuchaba y escuchaba a la *nonna* rezar el rosario, y el rosario parecía que nunca iba a terminar. Yo no me dormía porque, por un lado, estaba yo espantado, y por otro lado pues me impresionaba ver a la *nonna* hincada reza, reza y reza en italiano.

Decía que en la parte de atrás de la ventana de la *nonna*, en el corralito, estaba el gallinero grande con techo de lámina, que por fuera tenía un hoyo por donde las gallinas salían y se iban a la finca a comer todo el día; por la tarde regresaban, pasaban por ese hoyo y entraban al gallinero. Un domingo, sin duda instigados por Enrique, nos pusimos con Miguel, Victorio, Efrén y Enrique a hacerle una travesura a la *nonna*. Entre todos nos pusimos a agarrar a cada una de las gallinas para *dormirlas*, es decir, doblarles el pescuezo, meterles el pescuezo debajo de un ala y recargar la gallina justamente de ese lado, de tal manera que, al no poder sacar la cabeza, la gallina se quedaba acostada y parecía muerta.



Así nos pusimos entre todos a acostar las gallinas, que eran unas 30, y unos dos o tres gallos. Con los gallos nos costó muchísimo trabajo, dado que tienen el pescuezo muy grande, además de una cresta, pero finalmente conseguimos también agarrarlos, meterles el pescuezo debajo del ala y acostarlos. No faltaba alguno que despertara, brincaba y lo teníamos que volver agarrar, hasta que conseguimos que todas las gallinas y los gallos quedaran completamente acostados, como muertos.

Entonces uno de nosotros fue corriendo a decirle a la *nonna*: “*Nonna*, venga, que el tlacuache les ha comido la cabeza a todas las gallinas”. La

nonna, espantada, aventó la escoba que tenía y se vino caminando de prisa. Cuando vio a las gallinas acostadas y nosotros así como alarmados, ella, sorprendida y espantada, al ver que todas sus gallinas y sus gallos estaban muertos en el piso del gallinero, sin moverse, sólo alcanzó a decir juntando las manos: *Oh Gesú María le galline!*

Entonces uno de nosotros,

seguramente Enrique (has de haber sido tú), empujó con el pie a una de las gallinas; ésta se levantó, enderezó la cabeza y empezó a sacudirse, y así con las demás y con los gallos.

Cuando la *nonna* se dio cuenta que había sido una broma, corrió por una escoba y se vino muy furiosa para darnos con el palo, con la escoba a nosotros, pero obviamente no nos pudo alcanzar y finalmente todas las gallinas despertaron, así como los gallos, todos muy atarantados. Fue de las bromas más sensacionales que nosotros le pudimos haber hecho a la *nonna*, instigados por Enrique ¡po-



*Oh Gesú María
le galline!*



bre *nonna!* Realmente con esta bola de nietos, pues estaba sumamente ocupada y preocupada por lo que haríamos o seríamos capaces de hacer.

Cuando vivíamos en el rancho todas las noches, después de cenar y antes de dormir, casi siempre (sin el *casi*) nos llamaban a rezar el rosario, hincados todos alrededor de la cama de mis papás, que es la que estaba entrando a la casa vieja del lado derecho, la única recámara que tenía pared hasta el techo. Todos nos hincábamos alrededor de la cama a rezar, cosa que no era tan atractiva para nosotros: “¡Vengan a rezar el rosario!”, oíamos decir a mi papá o mamá.

Enrique era especialista en deformar las oraciones. Por ejemplo, cuando mi madre decía al final: “por tus ruegos, oh San José!”, a lo que había que contestar: “mil favores alcanzaré”, Enrique deformaba la respuesta diciendo: “diez mil favores alcanzaré” o “cien mil favores alcanzaré”, con lo que obviamente todos nos reíamos. Mi papá, entre que se ponía serio y se enojaba, nos regañaba, pero a veces le ganaba la risa o todos terminábamos riéndonos. O bien, cuando iba mi mamá en el segundo o tercer misterio del rosario, respondiendo todos: *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén*, y de momento Javier — como de 5 o 6 años—, todo inocente, preguntó al final de una *Padre Nuestro*: “mamá, ¿y cómo tendrá el ombligo Toña?” Fue una pregunta sumamente chistosa, porque ahí se acabó el rosario de tanto reírnos (Toña Heredia era una vecina que vivía donde acababa el rancho hacia arriba, una señora gorda, gorda, que andaba generalmente con un sombrero). Lo curioso era en dónde tenía la imaginación Javier cuando estábamos contestando el rosario. Fue el acabóse.

Nos gustaba jugar los *quemaditos*, que era una especie de beisbol, donde uno era el *pítcher* y se bateaba con la mano una pelota de plástico tipo de tenis. El chiste era que el *pítcher* tenía que recoger la pelota bateada con la mano por el corredor y tirarle a pegar antes de que llegara a una base.

El *beis*, que nos gustaba también jugarlo, era con un palo que hacíamos de árbol de naranja y con una pelota de esponja. Los *quemaditos* los jugábamos así: hacíamos unos hoyos en la tierra y cada hoyo pertenecía a uno de nosotros. Alguien de lejos lanzaba la pelota rodando y al que le caía la pelota en su hoyo era el que tenía que recogerla y correr a tirarle a cualquiera de nosotros, que corríamos hacia una base para evitar ser “tocados”, y de ahí teníamos que regresar nuevamente hasta los hoyos. Si no lograba tocar a nadie, entonces ya tenía, como decimos nosotros, una mala. Cuando acumulábamos tres malas sin lograr tirarle a alguien y quemarlo, entonces venía lo que era la guerra: el castigado se ponía contra el paredón, de espaldas, y cada quien le tiraba pelotazos. Obviamente cada quien tiraba uno y había quienes tiraban muy fuerte, como Miguel. Dolían los pelotazos por el trasero.

Recuerdo que una vez, en el patio de la casa de Peñuela, estando jugando beis, estábamos todos muy picados con el partido. Cuando mi mamá salió y nos dijo: “Váyanse a la iglesia a rezar el rosario”. Buu! Todos enojados porque había que interrumpir el juego, pero había que ir y nos fuimos los cuatro a la iglesia de Peñuela, que estaba como a cuatro cuadras, pasando por el campo de beisbol. Enrique se ofreció a guiar el rosario y entonces empezó a rezar muy despacio, sabiendo que todos teníamos prisa porque queríamos regresar a continuar el partido, y empezó a rezar muy despacio el *recamarón* (¡justificando que había que rezar con devoción!): *Dios te salve María... llena eres de gracia... el Señor*

es contigo... bendita eres entre todas las mujeres... y bendito es el fruto... de tu vientre, Jesús, y ya todos contestábamos más de prisa: Santa María, madre de Dios, ruega señora por nosotros, los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

Teníamos prisa y el muy *desdichado* de Enrique rezaba despacio, remarcando la oración y lo peor es que nadie llevaba las cuentas más que él. El rosario se nos hacía ya muy largo desde el primer misterio y no terminaba, y le decíamos enojados: “¡Ya di ‘gloria al padre!’”; y él: “ya casi terminamos, falta poco”. Él seguía rezando y rezando, hasta que ya decíamos, todos bravos pero bien portados porque estábamos en la iglesia: “bueno, esto ya está muy largo, ya di ‘gloria al padre’”. Ya después nos confesó Enrique, muerto de la risa, que había hecho un misterio no de diez *aves maría* sino de más de treinta. Obviamente disfrutaba que todos teníamos prisa por regresar, para poder seguir jugando beisbol.

Pero en otra ocasión también, que en realidad él era el interesado para que termináramos pronto el rosario. Entonces su manera de abreviarlo era sintetizando el *Ave María* (en lugar de decir: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús*), así, completa, él nada más rezaba: *Dios te salve, María... vientre... Jesús*. De este modo ya rezaba su parte rápido y ante eso, bueno, pues nos reíamos todos.

De los juegos que más disfrutábamos era el que llamábamos *No te enojés*, que es un juego que nos trajo el tío Tollo, el hermano menor de mi mamá que se llamaba igual que mi hermano Víctor, quien vivió primero en Córdoba y después en Xalapa para estudiar Pedagogía. Por cierto, este juego Enrique lo jugaba para hacernos perder, para comernos las fichas, pero no para ganar. Éste era un juego de mesa, que se jugaba entre 4 o 2, don-

de cada uno tenía una serie de fichas (4), salía de su casilla y empezaba a transitar por todo este camino, pasando por la puerta de cada uno de los demás. Se jugaba con un dado y algunas reglas del juego eran: con el 5 se avanzaba cinco espacios y se repetía la tirada y con el 3 se regresaba; había que avanzar, avanzar y dar la vuelta completa hasta llegar a la puerta de entrada, pasando por una serie de peligros donde te podían comer tu fichas. Si te comían, pues se llevaban tus fichas. Para recuperarlas, había que sacar un 5 y pedir que te devolvieran una y volver a empezar.

Bueno, era divertido y al mismo tiempo de pelearse mucho. Por eso se llama *No te enojas*, porque a veces ya estabas a una tirada de meter la última ficha y ganar y alguien te la comía... y vuelta a comenzar. Bueno, adonde voy es que Enrique realmente no jugaba para ganar; jugaba para comerse las fichas de los demás, buscaba la manera de tratar de fastidiar a quien ya estaba a punto de ganar y comerle las fichas, con el coraje de no ganar... y, bueno, pues el juego es así: ¡*No te enojas!*

El tío Tollo era el hermano menor de mi mamá, que estuvo en el Seminario hasta los 19 años. Se salió antes de terminar Filosofía, sin tener reconocida ni siquiera la Primaria. Tuvo que presentar de manera extraordinaria examen de la Primaria. Después, en Córdoba, hacer la Secundaria y la Preparatoria nocturnas, viviendo como podía porque sus papás, el *nonno* Isaac y la *nonna* Jacoba, y sus hermanos no lo apoyaron de ningún modo, porque lo consideraban —sólo por ser estudiante— un flojo, ya que para ellos solamente se podía estudiar para cura o trabajar en el campo. Y como él quería estudiar y no trabajar en el rancho, pero ya no pudo seguir en el Seminario, no sólo no lo apoyaron sino incluso llegaron sus hermanos al extremo de amenazar al *nonno* Isaac con que “si le manda dinero a ese *huevoón*, nosotros nos iremos

de la casa”. Tenía un poco el apoyo de mi madre, trabajaba y dormía donde podía en Córdoba, donde hizo la Secundaria nocturna y el primer año de Preparatoria nocturna. Después se fue a Xalapa, a estudiar la carrera de Pedagogía en la Universidad Veracruzana, y en una de sus visitas nos llevó el tan cacareado *No te enojés*.¹

Nosotros nos divertíamos mucho con él porque era realmente una enciclopedia de Historia y Geografía. No había tema que le preguntáramos que no supiera. Por ejemplo, uno de nosotros le preguntó una vez: “Tío, ¿cuál es el río más grande del mundo?” Y vino toda la lección: “El río más largo del mundo es el Nilo, que nace en el Lago Victoria, en el centro de África, y desemboca en el Mediterráneo. Atraviesa los lagos Kioga y Alberto; en Sudán le llaman el *Nilo Blanco* y en Jartum el *Nilo Azul*; atraviesa Nubia y Egipto hasta llegar a El Cairo; tiene una cuenca de unos 3 millones de km²”, mide 6700 km, 200 más que el Amazonas, desemboca en el Mediterráneo formando un vasto delta... Toda una lección de Geografía, que ya hasta lo teníamos que parar: “basta, basta, ya está bien; con eso está bien”. Entonces Enrique vino con la ocurrencia: “Tío, ¿y cuál es el río más corto del mundo?”. Todos nos quedamos callados como diciendo: ya lo reprobamos. Él se quedó callado

1 Cabe aclarar que el tío Tollo nunca tomó represalias contra sus familiares por su falta de apoyo. Al contrario, años después intervino activamente ante las autoridades municipales, estatales y federales para el logro de importantes beneficios materiales y educativos para Tepatlaxco. Gracias a su iniciativa, el sábado 4 de agosto de 1990 comenzó la construcción de la carretera pavimentada Paso del Macho–La Defensa–La Palma–Tepatlaxco de 17.4 km de longitud, que fue inaugurada en diciembre de 1994. Ha tenido también una intervención relevante para que el municipio cuente ahora con más servicios públicos: clínicas rurales, telesecundarias, centros de telebachillerato y bibliotecas públicas. Además, el tío Tollo diseñó y pagó la elaboración del escudo municipal y de dos escudos escolares y escribió una detallada monografía documental del municipio, cuyo título no podría ser más ilustrativo: *Tepatlaxco, hacia un futuro mejor*.

un momento y finalmente nos respondió: “El río más corto del mundo es el arroyo del rancho de mi papá, en Tepatlaxco, que nace en su rancho y a los 900 metros termina al caer en un sótano”. Bueno, las carcajadas fueron sonoras porque no hubo manera de reprobalo en Geografía.

Algo que también nos gustaba mucho jugar era *el dominó*. Interesante era cómo el sábado en la noche nos poníamos a jugarlo, a veces incompletos, a veces en pares o “cada quien para su santo”. Los sábados en la tarde pasábamos a la *Embotelladora O-key*, donde trabajaba Miguel, o a su casa en la calle 25 y avenida 3, para que se viniera con nosotros, el fin de semana, al rancho a jugar. La tía Amalia a veces se molestaba y decía de mi mamá: “Ya te vas con tu mamá”. Sucedió una vez, estando ya en Xalapa, en el Seminario, que estuvieron jugando Victorio, Efrén, Miguel y Enrique, en equipos de dos contra dos, incluso hasta un poco tarde se quedaron jugando.

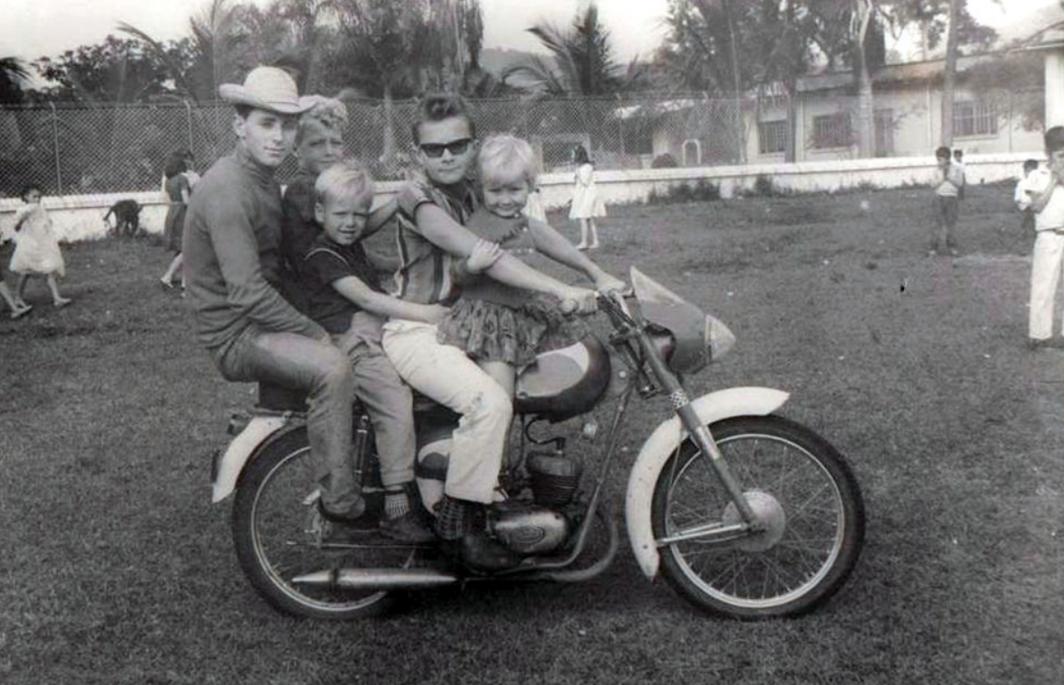
Al otro día se tenían que levantar temprano porque iban a salir de paseo en las dos motos (ya había, aparte de la *Carabela*, una moto *Islo*). No sé a dónde irían, porque saldrían a las seis para Córdoba, en el centro. Al día siguiente se despertaron tan extraños que hasta Miguel exclamó “¡Ah *chingao!* Como que es muy temprano; parece que no dormimos suficiente”. Pero bueno, ya había sonado el despertador y salieron para Córdoba como veinte minutos para las seis, de tal manera que iban a pasar a misa a La Purísima a las seis, para seguir no sé donde (me parece que hacia Manuel González, a ver muchachas) y cuál fue la sorpresa que, al llegar al zócalo, apenas iban a dar las cinco de la mañana.

Enrique había tenido la ocurrencia, la noche anterior, de adelantar el reloj una hora, de tal manera que sonara a las 5.40 AM, cuando en realidad iban a dar apenas las cinco. Los cuatro llegaron al centro, dieron la vuelta al parque y vieron que

todo estaba obscuro. Dijo Miguel: “¡Qué raro que esté todo obscuro!”, pues el reloj del Palacio marcaba que iban a dar apenas las 5. Entonces, con la risa de Enrique, se percataron de la broma que les había gastado con tal de fastidiarlos y se quedaron a que abrieran la iglesia para oír misa y seguir para donde iban.

Otra anécdota interesante, ya cuando éramos grandes y con hijos: Nos organizamos todos una Semana Santa para ir al nacimiento del río *Ojo de Agua*, cerca de Potrero, un poco más abajo del nacimiento, donde está el rancho de los anturios de Arturo Cessa. Para poder hacer el día de campo necesitábamos cruzar el río, y en ese lugar sólo encontramos un tronco grueso de una haya que lo cruzaba. Había que pasarlo caminando, tomando de la mano a los niños y cargando las canastas. Fue emocionante ver cómo iban pasando los niños, los hermanos, las mujeres. Enrique, que para entonces ya estaba casado y tenía hijos y, obviamente, iba también su esposa Adriana y la suegra de Enrique. Cuando íbamos atravesando, que alguien le daba la mano a la señora, era una expectación ver pasar y que alguien se pudiera caer del tronco a la orilla del río, que estaba un poco hondo, como en una bajada. El agua limpia, fría. Después Enrique comentó riendo: “Yo nada más estaba esperando que mi suegra se cayera al río y se la llevara la corriente, para quitármela de encima”.

A la orilla, donde nos instalamos para comer y bajar al río a nadar, había un árbol un poco inclinado, que tenía una reata en forma de columpio y, al final del hilo, un palo como de unos 20 centímetros de ancho, para agarrarse de él, tirarse al río, volar sobre él y a la mitad dejarse caer en la poza. Era emocionante y, obviamente, fue la delicia de todos tirarse de la orilla y dejarse caer a la mitad del río. Era sensacional.



Enrique, Alfredo, Adrián, Roberto y Dora María en San Rafael, Río Seco.

Pero Enrique quiso lucirse tirándose más alto y dijo a todos muy ceremonioso: “¡Quitaos, quitaos, incautos! Yo os enseñaré cómo se hace”. Todos lo veíamos expectantes, para ver qué iba a hacer. Entonces Enrique se dispuso muy orgulloso a tirarse, se hizo para atrás para encarrerarse más y, a la hora de aventarse al río, se le quebró el palo y se fue rodando por toda la hierba y la hojarasca hasta caer en el agua, dándose un *panzazo*. Fue realmente algo muy divertido y chusco. Todo por lucirse (Enrique solía utilizar una expresión muy plástica para referirse a quien pretendía lucirse o presumir, sobre todo en lo económico: “Es muy *pedorro* o “ya nos viene a *pedorrear*”).

Dando una vuelta hacia atrás, como ya había dicho, Enrique tenía una moto *Carabela* y era muy audaz para manejarla. Pero se hizo famoso en Córdoba por las travesuras que hacía con la moto y cómo se metía entre los coches. Una vez, por

saludar a unas muchachas guapas en la calle para lucirse, fue a dar con todo y moto debajo de las patas de un caballo lechero...

Creo que Enrique, de haber vivido en esta época, con las habilidades que tenía, y de haber tenido oportunidades, hubiera sido un campeón de motociclismo, un Valentino Rossi. Él participaba en carreras en Potrero, Córdoba, Paso del Macho y Soledad de Doblado, en pistas que hacían en campos de fútbol o de beisbol, enmarcadas con cal y, bueno, de cinco carreras ganaba todas o por lo menos cuatro. Era impresionante. En una ocasión, yendo de Córdoba al rancho sobre la carretera, por librar un auto que venía en sentido contrario se tuvo que orillar y la gravilla lo hizo derrapar y, con un amigo que llevaba atrás, cayeron con las asentaderas sobre la grava, dándose un tremendo raspón, además de romperse el pantalón. Tenía un ardor muy fuerte y la carne viva. Cuando llegó al rancho, le pidió a Efrén que lo curara y Efrén, con un algodón grande lleno de *mertiolate*, se lo puso en las asentaderas y éste salió corriendo para quitarse el ardor, echándose aire con un ventilador de palma, el que usábamos cuando se tostaba el café para encandilar la lumbre.

Otra puntada de Enrique fue cuando Alfredo se iba a casar. Le hicimos una despedida informal los hermanos y algunos primos. Estábamos en la casa de mi mamá. Para *animarlo* a casarse, comenzó a decirle algunas “verdades” sobre el matrimonio: “Mira, Alfredo, tú sabes si te casas, allá tú, pero sí te quiero advertir que el matrimonio es de *la chingada*. Nada más se casa uno y la mujer comienza a querer mandarte; se acaba tu libertad, te pone mala cara y se enoja si llegas tarde; nada más te pones *cabrón* y comienza a tirarte sartenes y cacerolas por la cabeza. Yo la verdad no te lo recomiendo, allá tú si te casas, piénsalo bien, estás a tiempo de arrepentirte”. Alfredo puso cara de susto, espanta-

do por tan buenas *recomendaciones*, los demás nos reímos de buena gana. “Pero eso sí —añadió Enrique— no todo es malo; hay algo bueno que tiene el matrimonio: que cuando llegas a casa y en la noche te metes a la cama, tienes una *nalguita* a un lado”... Bueno, fue el acabóse de carcajadas, para la tranquilidad de Alfredo. Finalmente, sí se casó.

Bueno, son algunas de las muchas anécdotas que vivimos con Enrique, un *estrajabare* decía la *nonna*, palabra que no tiene traducción porque no es de ninguna lengua. “Si usted me dice en qué lengua está escrito, yo le diré la correspondiente palabra inglesa, dice Alicia en el País de las Maravillas. Lo que la *nonna* quería decir es que era un chamaco tremendo, un diablo.



2

“¿Te acuerdas, Tollo...?”

¿Te acuerdas, Victorio...?

¡Cómo no vas a recordar! Te decíamos Tollo. Victorio —Tollo para los de casa— era un poco bajo de estatura, cabello castaño claro y ojos color miel; era más un Sampieri que un De Gasperin. Él era el mayor y, por lo tanto, tenía cierta ascendencia sobre nosotros.



Victorio.

Siempre recuerdo que, para mí, mi papá y mis tíos eran adultos porque, en primer lugar, tenían bigote y, en segundo lugar, porque fumaban. El bigote y el cigarro eran, para mí, los distintivos de un adulto. Entonces como que llegar a los quince o dieciséis años era ya agenciarse el permiso para fumar, mientras mi papá no los viera.

Recuerdo que Victorio empezó a fumar, pero se escondía primero de mi papá y después, en cuanto le empezó a crecer el bigote, fue adquiriendo la cartilla de adulto y ya podía también fumarse un cigarro. Recuerdo que Enrique empezó a fumar y, en una ocasión, estando en

el corredor del rancho fumando un cigarro, llegó mi papá del campo y para que no se percatara de que estaba fumando, por miedo a él cerró el puño y apagó el cigarro con la mano.

Cuando Victorio estuvo un tiempo trabajando para *Aceites Patrona*, vivió en Soledad de Doblado, donde vendía productos de la empresa. Allí conoció a Rafaela, con la que después se casó, y la broma fue que, ya cuando regresó a Córdoba, seguía siendo novio de Rafaela y la iba a ver los domingos. Se iba en el tren temprano, el llamado *tren mixto* (que salía de Orizaba a Veracruz y regresaba por la tarde), pasaba a las 8 AM por Peñuela y regresaba en la noche en el tren nocturno, que llegaba a las 10:30 a Córdoba. Miguel y Efrén tenían un apiario en el rancho y parece que a



El apiario.



El Huatusquito.

veces, el día anterior que iba a ver a la novia, se hacía picar por las abejas los bíceps y los antebrazos, para verse así más impresionante y *apantallar* a la novia, estar fortachón o, como se dice popularmente, estar *bien mamado*. Supongo que cuando Rafaela supo que la musculatura de Victorio no era natural, se habrá sentido decepcionada.

Dentro de esto recuerdo también al tío Delfino, que para nosotros era una persona muy sabia. Era como un pensador liberal. A él le gustaba mucho la canción *La feria de las flores* y cuando había reunión, cantábamos con el acordeón y tomando una cerveza, pues el tío siempre nos pedía que le cantáramos su *Feria de las flores*. Y para que no nos equivocáramos en el verso que seguía, siempre nos daba la entrada. Cuando seguía el verso: “aunque otro quiera cortarla”, nos adelantaba señalando con el dedo: “aunque otro”; o “aquí vine porque vine a la feria de las flores”, él



“Me gusta cantarle al
viento...”
La feria de las flores



adelantaba: “aquí vine”. Era algo espectacular cantar *La feria de las flores* en compañía del tío Delfino, porque era algo así como su canción reactivo: *Me gusta cantarle al viento porque vuelan mis cantares, y digo lo que yo siento por toditos los lugares*.

El tío decía que esta canción la recordaba siempre porque, cuando se atrevió a ir a Italia en un viaje en esos antiguos aviones, creo que un DC 6 de cuatro hélices, que tenía que hacer escala a mitad del Atlántico para repostar, pues para la época — como 1958— fue muy atrevido hacer el viaje en este avión y realmente para todos algo espectacular.

Yo tendría ocho años cuando el tío fue a Europa de *tour* y después a Italia en particular y recuerdo que él nos platicó que cuando el *tour* pasó por la frontera de Francia a Italia,

en Ventimiglia, la emoción que le dio tocar tierra italiana le hizo tomar la decisión de ir a un jardín junto a la frontera, tomar un puñado de tierra italiana y echársela en la bolsa del saco, de lo contento que estaba de regresar a Italia; porque él había nacido en Soranzen, Belluno. En este viaje estuvo como 10 o 15 días en casa de sus tíos de Cesiomaggiore.

En uno de mis viajes a Soranzen, platicué con una señora que lo había conocido, quien me preguntó: “*Dimi, Roberto, mi ricordo quel signore che é venuto dal Messico tanti anni fa; era magro, arrivaba cantando ogni mattine con il suo capello e bafi; era molto simpático*”. Me di cuenta que se refería a él, una descripción muy atinada del tío Fino; sólo faltó que me dijera cuál era la canción que llegaba cantando. Sin duda: *La feria de las flores*.

Bueno. Vuelvo con él. Siempre tenía una palabra sabia, una visión de la vida muy intere-



“Hay que escuchar repicar siempre a las dos campanas”:

Tío Fino



sante. Por ejemplo, cuando había una pareja en conflicto o un problema entre dos personas, decía siempre: “Hay que escuchar repicar siempre a las dos campanas”. Es decir, no basta con que suene una campana; hay que escuchar las dos, porque hay que tener el punto de vista de las dos personas para tener una visión más completa. Lo mismo un señor, que lo fue a consultar porque estaba queriendo dejarse con su esposa y pretendía querer salir con otra mujer, y el tío le decía que primero viera qué pasaba con su esposa, antes de meterse con otra. La frase que él utilizaba era: “Va a ser el mismo infierno con distinto diablo”. Entiendo que este señor le hizo caso al tío Delfino, se frenó, dejó de frecuentar a la otra mujer y mejor se dedicó a resolver y descubrir qué pasaba en su matrimonio. Esa frase se me grabó como algo sabio y humorístico: “Va a ser el mismo infierno pero con distinto diablo”.



*“Va a ser el mismo infierno
con distinto diablo”:*
Tío Fino



Doña Silve y el
Huatusquito.

Bueno, ¿y dónde dejé a Victorio? ¿Te acuerdas, Tollo? ¡Cómo no te vas a acordar si te tocó vivir siendo el mayor de nosotros! Tendrías en esa época unos 14 o 16 años y te correspondía siempre ayudar a mi papá a cortar el plátano junto con Toni Rivera, mientras Efrén, Enrique y yo ayudábamos al tío Mundo con el acarreo de los racimos en la carreta. Debes recordar que a un lado de la casa estaba el corralito, con unos naranjos de ombligo y el gallinero donde la *nonna* tenía sus gallinas. Junto al camino estaba un *cobertizo* con techo de teja, donde el tío Mundo guardaba la carreta y posteriormente también la camioneta *Chevrolet* azul marino, tipo *suburban*, de la época, que más parecía una carroza (como del año 1958) que compró el tío Mundo.

El rancho estaba bien trazado, dividido en tablas sembradas de café y plátano, como calzadas empastadas y con naranjos a las orillas. Cuando había que cortar el plátano, el tío Mundo era quien acondicionaba la carreta, que era tirada por un caballo blanco que transitaba por las calles empastadas. Cuando había corte de plátano era como día de fiesta, porque era muy bonito: mis hermanos y yo trepados en la carreta con el tío Mundo (o nos sentábamos en el eje de la carreta), mi papá cortando el plátano, ayudado por *Toni*, un vecino que trabajaba cuando hacía falta, y Victorio ayudaba a sacar los racimos a las orillas de las fincas, donde pasábamos en la carreta del tío Mundo. Normalmente le ayudábamos Efrén, Enrique y yo a subir los racimos a la carreta, hasta que se llenaba; la carreta, con sus ruedas grandes de fierro, cuando pasaba donde había agua se le pasaba el lodo por los hoyos de las ruedas. El plátano se llevaba al rancho, frente a la casa vieja, donde había una pequeña finca (donde ahora está la casa nueva de mi mamá) con árboles de naranja y uno de guanábana muy grande, además de un árbol de naranja de ombligo en el centro del patio.



**Rancho
San Felipe en los
años sesenta.**

Todo el patio estaba empastado. A un lado estaba el *asoleadero* (o “asoliadero”, como decíamos), que daba hasta el *voladero* (llamábamos así a la bajada donde se veía pasar el ferrocarril). En la esquina había un árbol enorme de jacaranda, de flor morada, donde habíamos colgado una cadena para hacer un fabuloso columpio, con un palo atravesado abajo. Para *columpearnos* nos aventábamos del mismo árbol, que tenía inclinación hacia el voladero, y nos *columpeábamos* de manera fantástica, hasta regresar y volver a tocar las ramas de un naranjo que estaba junto. Era espectacular que, en esas regresadas del columpio, con el impulso que nos dábamos hacia el naranjo, pudiéramos cortar incluso algunas naranjas. Era bonito presumir haber cortado naranjas desde el mismo columpio.

El corte del plátano duraba unos dos o tres días, porque había que cortar el plátano de la parte del rancho de la tía Rita, del tío Delfino y de mi papá, que eran los que tenía el rancho en el plan. Todo eso se acarreaaba con la carreta y, ya debajo de los naranjos de ombligo, se hacían los montones separados, para que cada quien supiese cuál era su plátano. La parte de *la playa* (del otro lado de la vía del tren y a lo largo del Río Seco, que

entonces corría por este lado), como había que subir, no se podía con la carreta, porque el caballo no aguantaba la subida. Entonces el tío Mundo subía el plátano del tío Modesto con el caballo: amarraba los racimos al caballo, los subía y los depositaba en un lugar para que ahí los tomara el tío



**Asoliadero
y tolva.**



Rancho San Felipe en los setenta.

Mode. Hacían un montón de plátano para cada uno (Mode, Delfino, Mundo, Rita y Neto), bajo los naranjos de ombligo, porque trabajaban ayudándose.

En el tejabán junto al corralito el tío Mundo guardaba tanto la carreta como la camioneta (una *Chevrolet* azul marino) y a pesar de que mi papá le trató de enseñar a manejar, ya grande y torpe, pues nunca aprendió. En una ocasión que veníamos por el camino antiguo de Peñuela para el rancho, al pasar el segundo puente de arcos sobre el Río Seco sí logró pasarlo, a pesar de lo estrecho que era, pero luego se orilló demasiado, hizo que la camioneta trepara arriba de una piedra y no hubo manera de sacarla porque patinaba. Para sacarla hubo que traer un tractor que la jalara y la destrabara de donde estaba trepada.

En otra ocasión el tío Mundo quiso meter la camioneta al cobertizo; dio una vuelta amplia, para entrar bien de frente, pero calculó tan mal

que se pasó y fue a dar despacio contra el portón, que estaba abierto. El tío se espantó, se puso muy nervioso y, en lugar de pisar el freno, lo que hizo fue acelerar. La camioneta comenzó a patinar en el pasto húmedo y el tío Mundo a los gritos, sin saber qué hacer y con el pie en el acelerador, hasta que alguien llegó corriendo y le quitó el pie del acelerador. Bueno, lo que hizo fue que el portón se doblara con el impacto de la camioneta.

En adelante el tío desistió de su intento de aprender a manejar. Lo que hacía por las tardes era subirse a la camioneta, dejarle el freno de mano puesto, poner la velocidad en neutro, arrancar la camioneta y dejar que se calentara por unos cinco minutos, porque decía que era bueno para que no se enfriara. Bueno, el que estaba en el rancho en la tarde a la hora en que el tío calentaba la camioneta, se subía junto a él a escuchar con emoción el motor encendido, hasta que la apagaba. Así quedó satisfecho su deseo de aprender a manejar.

Victorio es el mayor, un poco parecido a mi madre, de piel canela, ojos color castaño, cabello castaño claro, un poco bajo de estatura (más Sampieri, bajo de estatura, que De Gasperin, alto y flaco) y, bueno, siendo el mayor le tocó colaborar muy temprano, trabajando para ayudar al sostenimiento de la casa, ya sea en el corte del plátano o empezando a trabajar fuera. Él y Efrén sólo hicieron la Primaria.

La camioneta permanecía ahí guardada; se usaba muy poco. Cuando hacía falta, mi padre venía de Peñuela a manejarla, para llevar algún lado a la *nonna*. La tía Rita sí aprendió a manejarla y eso fue muy simpático: en una ocasión, en la subida del panteón, se encontró una camioneta que iba hacia abajo y la tía se orilló para dejarla pasar, pero ya en la subida le dio mucho miedo para arrancar. Entonces la tía Tina —prima de mi papá— tuvo

que bajarse, buscar una piedra y calzar la camioneta para que la tía se decidiera a quitar el pie del freno y poder arrancar.

Esa camioneta fue famosa, sobre todo por permanecer guardada. Los domingos, cuando había que ir a misa, el tío Ismael venía de San Rafael Río Seco en su bicicleta, dejaba la bicicleta en el rancho, arrancaba la camioneta y eso era una emoción cuando me tocaba ir con ellos a misa: la *nonna* siempre atrás del conductor y los demás, los que estábamos en el rancho, pues íbamos a la misa a Paraje Nuevo como a las 9 de la mañana ¡en camioneta! Regresábamos de la misa de Paraje, dejaba la camioneta en el cobertizo y regresaba en su bici nuevamente a San Rafael. Era un inolvidable paseo de domingo, cuando nos quedábamos en el rancho con la *nonna*. Sin duda... ¡los niños necesitamos de muy poco para divertirnos!



Ernesto, en el patio del Rancho San Felipe.

Algo que también se convertía en un día de fiesta era cuando mataban cochino. En el rancho siempre había algunos cerdos alimentados con los desperdicios. Cuando mi papá lo sacrificaba, era comenzar desde temprano (no podía soportar ver cómo le enterraba el cuchillo y los berridos del cerdo). Todo se aprovechaba: mortadela, queso, chicharrones, manteca, manitas... Recuerdo que el tío Delfino se aparecía a la hora en que estaban los cueritos a medio freír, para hacerse unos tacos, y que nos peleábamos por la cola del cochino. La mortadela permanecía colgada en unas garrochas en la cocina, para ir la comiendo poco a poco. Nos turnábamos para darle vuelta al molino para hacer la mortadela, con los regaños de mi mamá cuando no íbamos a su ritmo: “Chinguetas: ¡Apúrate! ¡A lo que estás!”. Era un día de fiesta en el rancho.



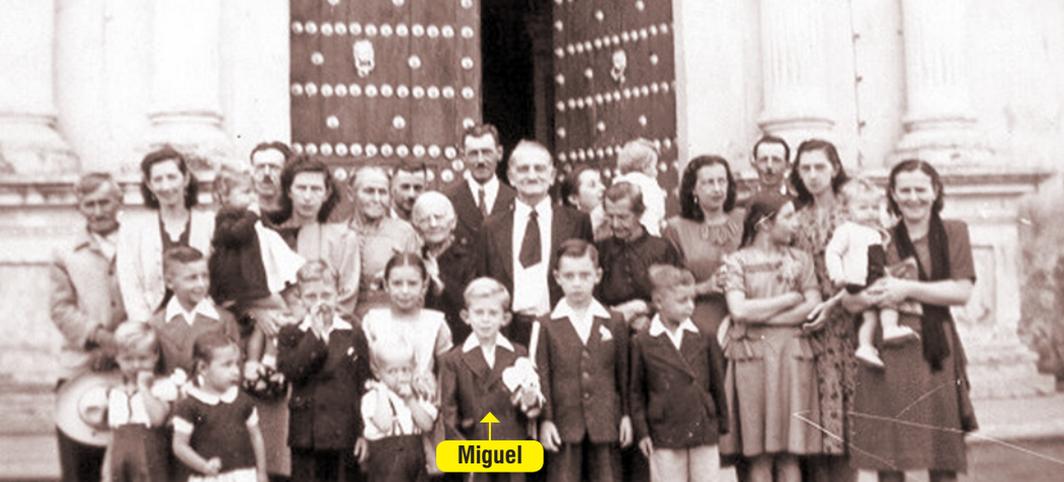
El Rancho en los setenta.

“¿Te acuerdas, Miguel...?”

¿Te acuerdas, Miguel...?

Claro que te has de acordar, si lo que más te gustaba era irte los sábados al rancho con nosotros. Tú ya trabajabas en la *Embotelladora OK de Córdoba* (eras el cajero) pero los sábados ya era regla que pasábamos por ti o tú te ibas para el rancho.





En los 50 años de matrimonio del *nonno* Vigilio y *nonna* Teresa.

Miguel casi siempre se quedaba con nosotros el sábado en la noche y el domingo todo el día, en que le dábamos de comer a los pollos y luego salíamos a jugar en el equipo de fútbol que él regenteaba, el *Deportivo O'Key*, ya sea en San Rafael Río Seco o en otro pueblo cercano, cuando jugábamos de visitantes. Cuando llegábamos al campo de fútbol, como el de Naranjal, en la camioneta *Chevrolet* beige de doble rodada con todos los jugadores, además de mis hermanos chicos y la *Concha* e Irma, nos gritaban burlones: “Ya llegó el maizal”, “puros pelos de clote”.

Miguel era delgado, alto, de cabello chino rubio y ojos azules. Le dijimos en una época *Pitís*. Le gustaba poco la ciudad y, como él decía, “jalaba más como las cabras, para el monte”. En la época en que trabajaba en la embotelladora de refrescos tenía un apiario de abejas, que cultivaba ahí en el rancho junto con Efrén. Era realmente fascinante colaborar con ellos cuando revisaban los cajones de abejas y buscaban la reina en cada cajón, para ver si no había más de una. Como a veces se encontraban dos reinas en el mismo cajón, las ponía sobre una mano y una empezaba a pelearse con la otra porque, como se dice, en un apiario (como en una casa) no puede haber dos reinas (comprendí aquello de que en la misma casa no pueden convivir bien suegra y

nuera). A veces era tal la cantidad de abejas que estaban muy irritables por el calor o, a veces, cuando algún cajón se debilitaba y escapaba un enjambre, había que ir por él con una red grande.

Efrén encontró una forma de integrar dos enjambres cuando necesitaban fortalecer un cajón, porque si no se podían desbaratar y matar las abejas entre sí: Ponía papel periódico en medio del cajón, para dividir una parte de la otra, y dejaba algunos pequeños hoyos en el papel. Entonces las abejas permanecían ahí, un tanto separadas, se olían y zumbaban hasta que paulatinamente ellas mismas iban rompiendo el papel que las dividía y se integraban sin que hubiese conflicto entre los dos enjambres. Una forma muy inteligente de resolver el problema de la cohabitación.

Recuerdo también una vez que estaban revisando un apiario: al sacar una de las alzas repletas de abejas, Miguel me dijo: “pon las dos manos juntas y extendidas”. Entonces me sacudió en medio de las dos manos el alza repleta de abejas y se me llenaron las manos de tantas abejas que no se me veían los dedos. Era una sensación muy extraña el sentir las manos repletas de abejas hasta las muñecas, sentir las patitas y alas de las abejas y el zumbido de éstas. En realidad no le picaban a uno muchas, porque se les echaba humo primero para atarantalarlas.

También recuerdo cuando jugábamos fútbol en San Rafael Río Seco. El partido estelar del festejo del 16 de septiembre, por el aniversario



**Deportivo O-Key
en Río Seco.
1972-1973.**

rio de la Independencia, contra los locales de San Rafael, era un encuentro impresionante, que se jugaba con mucha pasión. Yo generalmente era el portero, hasta que un año Rodolfo también quiso jugar; él nada más jugaba de portero y entonces yo me fui de delantero. Corríamos verdaderamente como gacelas, con Carlos Gutiérrez, Carlos Cesa, Hugo Cesa y otros primos. También se incorporaron poco a poco los jóvenes: Ernesto primero, luego Álvaro y después Sergio, Emilio, Ernesto (el hijo de mi hermano) y otros.

Dentro de lo rústico que eran las primeras galeras de pollos en el rancho, a pesar de que en la noche nos habíamos acostado tarde jugando dominó o *No te enojas*, los domingos en la mañana nos levantábamos temprano a darle de comer y beber a los pollos, acarreando cubetas para ponerle agua a los bebederos, y así podernos ir a jugar fútbol a las 11 AM o a las 12 a San Rafael o a donde nos tocara jugar. Miguel era muy solidario y nos ayudaba acarreando cubetas y costales de alimento, y entre todos les dábamos de comer a los pollos con los bebederos y comederos rústicos que había, que obviamente no eran automáticos.

A veces, las tardes del domingo, queríamos ir a Córdoba y se lo decíamos a mi papá, para llevarnos la camioneta. Él enseguida repelaba: “¿a qué van si ya fueron a misa en la mañana?”. Le respondíamos que íbamos a tomar un café; él se molestaba y nos decía: “¿que aquí no hay café?”. Efectivamente, ahí estaba la olla de café siempre; primero era muy grande, después fue disminuyendo de tamaño, a medida que nos fuimos casando, pero para mi papá ir a tomar un café a Córdoba era absurdo si aquí en la casa siempre había café...

Entonces, mañosos, lo que inventamos fue dejar la misa para la tarde del domingo, de tal manera que tuviéramos un pretexto inobjetable para ir a Córdoba (¡ir a misa a la parroquia del

centro!). El motivo real era ir a Córdoba, pero para después de misa de siete ver muchachas en el parque del centro, el Parque 21 de Mayo, dando vueltas para un lado y luego para el otro, para ver a las muchachonas de un lado y del otro. Recuerdo una vez que estábamos sentados en una banca y junto estaban unas muchachas de buen ver; entonces Miguel estornudó muy fuerte y tenía la costumbre de, al estornudar, decir “*achuuuingueasumadre*”. Las muchachas de la banca de junto soltaron la carcajada al oírlo; entonces Miguel todavía la acabó de *regar* al exclamar espontáneamente: “¡ah *chingao*, perdón!”, con lo cual las muchachonas más se rieron.

Dábamos vueltas en el parque de un lado para otro y regresábamos, decía, para ver ahora a las otras muchachas que caminaban en el mismo sentido que nosotros. Al regresar al rancho, ya de noche, generalmente pasábamos a dejar a Miguel a la calle 25, donde vivía, y luego a veces llegábamos todavía a darles algo de comer a los pollos, además de agua, porque ya se les había terminado el agua o la comida.

Una situación chusca que le sucedió a Germán, el hermano menor de Miguel, fue que, cuando niño, fue con su mamá, la tía Amalia, un domingo a misa a Peñuela. A la hora de la colecta, Germán se acercó a la charola esperando le dieran algo, en lugar de depositar alguna moneda. Entonces se fue llorando donde su mamá para decirle: “¡No me tocó nada!”.



**Tía Rita y
tía Chabe.**

**Isabel y Rita
en Soranzen.**



Finalmente, para concluir por ahora con Miguel, una anécdota con la tía Amalia, su mamá, hermana de mi papá. Cuando regresé de Jerusalén, en viaje por Tierra Santa con mi mamá, en 1992, le estaba enseñando a la tía un poster con una vista espectacular de la ciudad antigua, desde el Monte de los Olivos. Al ver la Puerta de Oro tapiada, me preguntó por qué estaba clausurada. Le expliqué que ésa fue la puerta por donde Cristo entró el Domingo de Ramos y que la multitud lo saludó con ramos y vivas, que permanece tapiada porque para los judíos el Mesías no ha llegado y esperan que él abra esa puerta cuando llegue a Jerusalén. Ella comentó riendo: “¡Pues se quedarán esperando!”.

4 “¿Te acuerdas, Efrén...?”

¿Te acuerdas, Efrén...?

Te has de acordar que te decíamos *Ciro Peraloca*, el inventor en los cuentos de Walt Disney; el equivalente al *Archimede Pitagorico* del *Topolino*. Efrén era delgado, alto, cabello rubio y de ojos azules, muy parecido a mi papá (“seco de carnes”, como Don Quijote).



Tenía el don de la invención, de componer, de arreglar; era ingenioso, por eso le decíamos simplemente *Ciro*. Me acuerdo, por ejemplo, del carretón que hizo con ruedas de patines, adaptado para correr por la vía del tren, con ruedas también laterales para que no se saliera de los rieles.



**Efrén en 6o.
de Primaria.**

Nos íbamos hasta el puente del tren del Río Seco y bajábamos por inercia corriendo por la vía, con este carretón como una plataforma con cuatro ruedas. Era muy emocionante —y arriesgado— hacer esto, pues tomaba una buena velocidad desde la curva del puente hasta el final de la recta de la vía en el rancho, donde hay un paso para carros y comienza la subida. Ahí se acababa la diversión. Algunas veces, obviamente, nos caímos, como en una ocasión que habían ido a San Rafael a cantar *la posada* y al regresar en el carretón por la vía del tren, ve-

nían Adrián, Dora María, Adelina y el *Chovi* (un amigo de Adrián) con la guitarra y agarraron la bajada de San Rafael hacia San Felipe, pero se les olvidó que tenían que pasar por donde pasan los carros, donde hay rieles para que los carros puedan atravesar la vía. Adrián venía pensando: “pasará o no pasará, pasará o no pasará” porque no había manera de parar el carretón, no tenía frenos, y al llegar ahí pues simplemente el carretón se trabó y los cuatro salieron volando. Adelina cayó sobre la guitarra, que quedó destrozada, con raspadas en las rodillas y los brazos, pero finalmente fue muy divertido. Cuando mi papá descubrió el carretón, lo escondió por miedo de que nos topáramos con un tren.

También, como sólo teníamos una bicicleta rodada 28, los que estábamos chicos aprendimos a andar en ella, pero como no nos daban las piernas para hacerlo desde arriba del tubo, metíamos la pierna derecha por el triángulo de la bicicleta. Era emocionante cuando veníamos de Peñuela para el rancho caminando por la vía cómo siempre jugábamos carreras a ver quién llegaba primero al rancho sin caerse del riel, incluso pasando por el puente del Río Seco.

Para nosotros ese puente era impresionante y muy especial, porque muchas veces veníamos caminando y volteábamos hacia abajo y hacia arriba antes de cruzar el puente. A veces oíamos que el tren pitaba, ya sea la máquina de vapor, la eléctrica y después las locomotoras diesel. Cómo en una ocasión que iban pasando por el puente Miguel, Efrén, Victorio y Enrique: como ya venía el tren, para que no los arrollara tuvieron necesidad de salirse de la vía y caminar por los rieles que tenían como escape a veces tablas y a veces no. En esa ocasión la locomotora venía descargando vapor por los lados y ellos se agarraban entre sí para evitar que les echara el vapor caliente y, justo cuando iba a pasar la locomotora donde ellos estaban abrazados, el maquinista cerró la válvula y, bueno, ¡qué alivio para ellos!

Cuando yo tenía que ir caminando a la primaria de Peñuela, la “Escuela Venustiano Carranza”, mi madre sólo me recomendaba que, al llegar al puente, esperara a un adulto y le pidiera que me cruzara tomándome de la mano. Imposible que me acompañara diariamente a la escuela de Peñuela: son poco más de dos kilómetros del rancho a la escuela y cuando no estaba embarazada, estaba amamantando y mi papá se iba al campo. Al salir de la escuela, a la una PM, hacía lo mismo y cuando me agarraba la lluvia, cortaba una hoja de

plátano como paraguas. Otras veces también nos escapábamos del tren en el puente y caminábamos con cuidado en esas plataformas, pero a veces venían góndolas con cañas y algunas venían salidas; entonces al pasar nos daban unos golpazos, pero finalmente nunca nos caímos del puente. Sólo Elisa, una prima mayor, cuando tenía como seis años, corrió por los durmientes, que en esa época estaban más anchos; tropezó en ellos y cayó al río, justamente en la única poza que tenía entonces el Río Seco, porque era época de sequía, y alguien que se estaba bañando en la poza la rescató y la sacó. Fue una suerte que no hubiese caído en ninguna piedra y que no se hubiese lastimado.

También nos gustaba ir al río a bañarnos, pues aún era un río limpio. En una ocasión Adrián llevó al perro que teníamos, un perro blanco (*canelo* se llamaba) lo aventaba al río; el pobre perro caía en la poza, se salía, subía al puente y volvía a llegar donde Adrián, donde él lo volvía aventar al río. Dicen que en una ocasión lo aventó tres veces y todas las veces el perro volvió a subir junto a él. No cabe duda: el perro era muy fiel.

También nos gustaba, a veces que veníamos de Peñuela para el rancho, si en ese momento estaba un tren parado en Peñuela le decíamos que nos llevara. A veces lo hacían o en una de las carretillas de mantenimiento de la vía; era una cosa emocionante cuando nos daban aventón y, cuando pasábamos por el puente, era una cosa espectacular ver el interior de una locomotora de vapor o diesel. Nos bajaban ya llegando al rancho y... ¡la emoción de llegar a platicar que nos había traído un tren! Al lado de las vías había fincas: del lado izquierdo, yendo para el rancho, era del tío Mundo y del otro lado del tío Modesto.

En una ocasión que nos dio un aventón una locomotora de vapor, les dijimos a los maquinistas que les queríamos dar un morral de naranjas

en agradecimiento. Ellos pasaban como a las 10 o 10:30 de la mañana y, efectivamente, cortamos un morral de los naranjos *malta* del tío Mundo. Ahí estábamos con el morral de naranjas, pero el maquinista tal vez no nos creyó o, al ir de subida y con un tren cargado, no se podía detener; le hacíamos señas con las manos mostrándole las naranjas. La locomotora nunca hizo intento de pararse; sólo pitó. Entonces nosotros le tiramos naranjas esperando que algunas de éstas entraran por la ventanilla, con tan buena o mala suerte que algunas sí entraron por la ventanilla de la locomotora, pero le pegamos en la cara al maquinista y éste nada más empezó a sonar el silbato y por la ventana nos movía el brazo para mentarnos la madre, enojado porque le habíamos pegado un naranjazo en la cara. Nos quedamos viendo pasar el tren y nos reímos mucho de la puntería.

Efrén también hizo un carretón con esas ruedas metálicas, dos atrás y una adelante, y tenía como una especie de volante muy rústico, pero para nosotros era emocionante correr por el *asoleadero*, donde se extendía el café para que se secase. A veces estaba el café tendido y amenazaba la lluvia y todos corríamos para recogerlo con los rastrillos o palas y meterlo en costales, y con la carretilla o *diablos* llevarlo al “cuarto de los fierros”, donde el tío Mundo solía guardar también su bicicleta impecable. El carretón era nuestra diversión, además de la bicicleta y el columpio en la ladera que daba a la vía. Andábamos dando vueltas por el *asoleadero* (cabíamos hasta dos) o si no en la bicicleta, metiendo la pierna por el triángulo de ésta, porque no le alcanzábamos, o a escondidas tomábamos a veces la bicicleta casi nueva del tío Mundo, que prácticamente nunca la utilizaba. También construyó una casa de madera arriba de un mango y de un aguacate que nos gustaba mucho para reuniones.

Casa del árbol.



Como dijo Cicerón, *o tempora o mores!* (¡Oh tiempos, oh costumbres!), yo creo que no éramos tan concientes los niños de todo lo que teníamos ahí, porque vivíamos en un rancho, en medio de fincas de café, plátano, zapotes, aguacates, limones... Mi mamá acostumbraba hacer siempre vinagre de plátano *guineo*, que dejaba fermentar. Había hasta 14 variedades de plátano: roatán, morado blanco, morado rojo, guineo, macho, largo, dominico, bolsa, enano... Comíamos tal cantidad de naranjas maltas, “de ombligo” (o de injerto) o de jugo... Mi madre solía decir que “los hombres en la cocina nada más estorban”; y de mi padre decía que lo único que sabía hacer, al entrar a la cocina, era tomar un cuartillo y calentarse una taza de café... bueno, algo había de verdad. De todos modos, la opinión de mi mamá hacia los hombres... pues se nota que no era muy favorable.

5 “¿Te acuerdas, Roberto...?”



¿Te acuerdas, Roberto...?

Cómo no recordarme, si yo soy el escritor
(como dice Mario Vargas Llosa).

Nací en el Rancho San Felipe, del municipio de Córdoba, Veracruz, el 18 de mayo de 1950. Fue un Jueves de Ascensión, el Año Santo, el mes de María, mismo día en que nació el papa Juan Pablo II, pero 30 años después de que éste nació; día de la exhumación de San Rafael Guízar. Fiesta de San Venancio (me libré de ese nombre que me querían poner porque “ése le tocó”). ¿Qué más? Según mi madre, con todas esas fechas a mi favor y con las estrellas alineadas, yo era un candidato a cura y a santo. Lo primero no se le concedió, a pesar de que estuve en el internado del seminario de Xalapa hasta los 20 años, terminando la Filosofía en 1970; lo segundo... ¡todavía es posible!

Nací de Doña Silveria y de Don Ernesto, que asistió a mi mamá en el parto junto con la partera, doña Lolita, a las 8:30 de la noche, en la casa paterna donde también vivía la *nonna* Teresa (el *nonno* Vigilio ya había muerto en abril de ese año). También vivían la tía Rita y el tío Mundo. Soy el cuarto hijo de cuatro varones y de diez hermanos (“Y todos *dentro* del matrimonio...”, hacía yo repelar a mi mamá. A lo que respondía enojada: “¡No me han de bajar la frente!”. Román le comentó alguna vez a mi mamá bromeando: “Doña Silve... ¡usted tuvo un hijo cada mes!”. El tío Modesto dijo en una ocasión que a partir del quinto hijo ya los hijos se educan solos. ¡Totalmente cierto!); después fui tremendamente desplazado por la tan esperada niña, Hilda, que nació dos años después de mi. Hilda murió en un accidente de carretera, frente a la casa de Peñuela, teniendo poco más de dos años: una empleada cruzó la carretera con la niña en brazos, sin fijarse, y fueron arrolladas por un autobús *Flecha Roja*. La empleada sobrevivió. Yo me salvé porque la empleada me dejó dentro del portón y me tocó presenciar el accidente; tenía yo poco más de cinco años.

Sé que mi madre tuvo un embarazo depresivo, porque durante el mismo bajó de peso. Ella ya esta-



Roberto, un año.

ba cansada de vivir en la casa paterna, ser como “la cenicienta” y batallar con cuatro hijos, escuchando rezongar a sus suegros y dos cuñados solteros y, además, recibir las visitas de los nietos que el domingo solían ir al rancho a visitar a la *nonna*. Se dice fácil. La *nonna* era para nosotros eso: la *nonna* y nos daba gusto verla; pero para ella, en cambio, era la *suocera*. Sobre la depresión en el embarazo, sé de un estudio que, cuando esto sucede, el hijo puede tener tendencias depresivas o resultar homosexual. Bueno, lo primero sí fue cierto; lo segundo... pues no.

Mi infancia fue en el Rancho San Felipe. Repito: el lugar de la casa paterna, que se encuentra a dos kilómetros de Peñuela, a la orilla de la vía del Ferrocarril Mexicano (México-Veracruz), en el kilómetro 337, a ocho kilómetros de Córdoba y uno del pueblo de San Rafael Río Seco. El rancho lo compró el *nonno* Vigilio en 1924, adonde llegaron en octubre de ese año, después de que vendie-

ron, por la inseguridad en que vivían, el Rancho La Purísima en 1922, en El Ocote (Municipio de Huatusco), donde nacieron mi papá y las cuatro tías (Isabel, Rita, Amalia e Ida). Los cuatro tíos mayores habían nacido en Soranzen, Italia. En la casa paterna de San Felipe habían nacido también Victorio, Efrén y Enrique. Después de que nací, mi madre estaba muy deprimida, bajó de peso, no comía, sólo me amamantó dos meses y mi padre, ya presionado por la situación en que vivía mi madre, decidió comprar una casa en Peñuela. Ahí nacieron Hilda, Ernesto, Alfredo y Adrián.

Posteriormente, por una decisión de familia, dado que la *nonna* Teresa había tenido un accidente al caminar por la vía del tren de Peñuela al Rancho San Felipe (tropezó en un durmiente y se fracturó la rodilla) la familia (¡nuevamente la familia, para la furia de mi mamá!) decidió que iban a construir una casa en Peñuela para la *nonna*, la tía Rita y el tío Mundo y que nosotros regresaríamos a habitar la casa del rancho. Mi madre se opuso rotundamente, pero no pudo con la presión familiar, además que para nosotros los hermanos era algo verdaderamente muy grato irnos a vivir al rancho donde nacimos. Cómo no me voy acordar: en una de las tantas veces que yo regresaba, o iba, a la escuela a Peñuela, caminando los dos kilómetros para continuar en la escuela Primaria “Venus-tiano Carranza”, lo único que mi madre me decía era que me cuidara del tren y, al pasar el puente, esperara un adulto para pedirle me pasara. No había transporte escolar ni los padres nos llevaban o iban por nosotros a la escuela.

Asistí a la escuela Primaria de Peñuela hasta el quinto año. Por la tarde, a la una PM, al salir de la escuela, hacía lo mismo: caminar hacia el rancho bajo el Sol. A veces me agarraba la lluvia y cortaba yo una hoja de plátano como paraguas. Cómo no me voy acordar: en una ocasión, no sé



Roberto, primera comunión.

por qué, regresé ya de noche al rancho; había yo escuchado la leyenda de *la llorona* y de la lámpara o farola que corría por la vía del tren en las noches. Pues resulta que al dejar la curva después del puente, bajando hacia el rancho, al final de la recta vi justamente una luz que venía caminando por la vía del tren. Entré en pánico y comencé a tener mucho miedo (tendría yo unos ocho o diez años, tal vez). Al llegar al punto donde antes había un campo de fútbol, había una vereda que subía hacia el camino de San Ignacio y estuve dudando si subía hacia el camino o seguía por la vía.

Decidí seguir y desengañarme yo mismo qué cosa era esa luz. Continúe caminando hacia abajo y, a su vez, la lámpara se acercaba caminando por la vía y yo cada vez entré más en pánico. Alcanzaba a ver como que algo se movía, unos pies debajo de esa lámpara, de esa farola o quinqué, hasta que estando como a unos cinco o diez metros casi grité:

“buenas noches”. Y un señor me contestó amablemente: “buenas noches, niño”. ¡Qué alivio! Me quedé un rato platicando con él. Era un trabajador del tren que se había ido más abajo a poner un petardo rojo, para señalar que un tren más arriba de Peñuela se había descompuesto y así evitar un accidente. ¡Sobreviví a eso!

Cómo no me voy acordar también de la casa vieja del rancho, el corredor amplio al frente como medio metro más alto que el patio, las paredes altas, el techo de teja y los corredores de lámina. Era verdaderamente muy grato escuchar la lluvia bajo el corredor o en la noche; el sonido de la lluvia en la teja y las láminas era un arrullo para dormir. Recuerdo también que a un lado del comedor, en lo alto de la puerta de la sala, había un cuadro con una imagen del *Sagrado Corazón*, un cuadro muy grande, con un marco muy rebuscado. Mi papá siempre lo veía y apreciaba mucho, porque era un recuerdo familiar, creo que de la *nonna*.

Por esa época, por los sesenta, los *Beatles* se convirtieron en el fenómeno mundial de la renovación musical, la música *pop*, con sus famosas canciones como *La vi allá*, *Al compás de Beethoven*, *PD te quiero*, *La flaca Sally*, *Twist y gritos* y tantas otras que ellos difundieron por el mundo y que para mí eran algo así como un motivo de oposición hacia la familia, hacia los adultos, pues la música que escuchaban era de tríos, mambo y danzón, o sea, música muy tradicional como “Los Panchos”, “Los Tres Diamantes” y “Los Dandys”. Y cuando empezó esta revolución musical de los *Beatles*, mi padre se oponía a esa música porque consideraba que era una influencia nociva para mí: “eso no es música, son puros berridos”, decía.

Pero el colmo fue cuando John Lennon tuvo la osadía de declarar que los *Beatles* eran más famosos en el mundo que Cristo. Eso fue el *acabóse*, porque cuando el tío Delfino le comentó eso a mi



Enrique y Roberto. Jardín de niños. Peñuela, 1955-1956.

papá, éste consideró que era una influencia perniciosa para su hijo. Yo, que era adolescente, tenía un cuadro de los *Beatles* en la recámara y un día que regresé, vi el cuadro en el mismo lugar, mas no la foto grande de los *Beatles*: la había hecho una pelota y la había arrojado por la ventana hacia la finca del gallinero. Yo me llené de furia, estaba enojado, pero ¿qué podía hacer contra mi papá? Curiosamente ¡accidentalmente! dos o tres días después el famoso cuadro grande del *Sagrado Corazón*, que estaba colgado arriba del muro de la puerta del comedor, se vino abajo y se hizo pedazos. Mi padre estaba todo *compungido* porque ése era un cuadro familiar y, cuando yo llegué y me enteré, mi madre me echó la culpa inmediatamente, diciendo que yo había hecho eso, que yo me había subido con una escalera para aflojar el hilo hasta conseguir que se reventara y el cuadro se viniera abajo y se despedazara.

Muy en el fondo, la verdad, no se me había ocurrido, pero sí sentí un gusto, como una peque-

ña venganza por la destrucción del cuadro de los *Beatles*, que yo había recortado de la revista *Life*. Hasta la fecha mi madre está convencida que fui yo quien se subió en una escalera para “aflojar el alambre” que lo sostenía, para que el cuadro se viniera abajo y se despedazara. Nunca me creyó, yo no lo hice, se vino abajo solo... pero, la verdad... ¡cómo no se me ocurrió!

Me acuerdo cuando instalaron los primeros semáforos en Córdoba, en la avenida uno y calles cinco y siete. Todo un acontecimiento. Los agentes de tránsito siempre tenían un cajoncito en la esquina para pararse (donados por Sidral *Mundet*), para que los conductores los vieran. Con la mano dirigían el tráfico: si estaban de lado, los que tenían el paso eran éstos, y cuando levantaban la mano y se daban la vuelta, les ponían el alto a los que estaban circulando y se les daba entonces el paso a los autos del lado de la calle. Fueron una novedad en Córdoba los primeros semáforos.

Lo mismo fue conocer la primera autopista, la autopista Puebla-México, un descubrimiento sensacional para mí... ¡una carretera de doble carril! Una cosa impresionante: circular dos carriles en la misma dirección y poder rebasar en curva... También recuerdo cuando llegó la primera televisión a Peñuela: fue la familia Aparicio la que compró un televisor, frente a la tienda del tío Delfino, *La Y griega*. En una ocasión invitaron a mi papá a ver una pelea de box, que iban a transmitir desde Los Ángeles; desde luego era un televisor en blanco y negro, pero era una cosa impresionante. Cuando a San Rafael Río Seco llegó la primera televisión, con Cristóbal Pérez, el de la tienda, quien tenía un cuarto donde se podía ver el juego de fútbol del domingo cobrando cincuenta centavos por ello (cuando el dólar estaba a 12.50). Lo mismo cuando pasaban cine en el Sindicato de la Calería de Peñuela, PYCSA: era impresionante ver una película en blanco y negro. El cine yo no



Puente sobre el Río Seco.

lo conocía y me impactaba no diferenciar entre la realidad y la película, como en *Caperucita Roja*, pues creía que el lobo era real...

Otra novedad para mí fue cuando supe que había un baño con regadera, de donde salía agua caliente, en casa de Carlos Gasperin, que vivía junto a donde vivió la tía Amalia. El baño tenía ¡dos llaves! y salía agua caliente en la llave izquierda; tenía un calentador con leña o viruta bañada con petróleo. En el rancho nos bañábamos obviamente con *jicarazos* o directamente de la manguera que le caía agua al tanque del café; en la casa de Peñuela sí había un baño, pero sólo con regadera de agua fría. Impresionantes novedades, como en la novela de García Márquez *Cien Años de Soledad*, cuando Aureliano Buendía conoce el hielo... ¿Por qué no habría de ser tan impresionante conocer el hielo o un semáforo, tanto como conocer las cataratas del Iguazú? “Cada quien”, decía Teresa Segura.

Cuando vivíamos en Peñuela asistíamos a la escuela Primaria llamada “Venustiano Carranza”; cuando nos cambiamos a vivir al rancho, yo continúe viniendo a Peñuela caminando por la vía del tren. Efrén y Victorio ya habían salido de la primaria, Enrique se había ido al internado de Teocelo llamado “Escuela Apostólica” a estudiar quinto y sexto de Primaria. En segundo año tuve una profesora llamada Ernestina Machuca. No se me olvida su nombre por algo muy grato que hizo conmigo; un día me dijo al salir al recreo: “Roberto, tú ya puedes leer el periódico”. Sacó un ejemplar —seguramente de *El Mundo de Córdoba*— y me puso a leer un párrafo. Entonces me dijo: “Lo haces muy bien; ahora lo vas a leer delante del grupo”. Lo hice bien y me felicitó. Bien dicen los latinos: *Vir-tus laudata crescit* (una cualidad reconocida crece). En cuarto año de Primaria fui elegido, de entre los diferentes grupos, para representar a la escuela, en un concurso de lectura y ¡cuál fue mi sorpresa! que la manera en que yo leí fue mejor que la de los compañeros de quinto y sexto de Primaria y me correspondió el honor de representar a la escuela en un encuentro regional de lectura. Ese encuentro ya no lo gané, pero me dieron un diploma.

Lo curioso es que cuando empecé quinto de Primaria había sido la ceremonia de confirmación de Alfredo, en Amatlán de los Reyes, a unos cinco kilómetros de Peñuela, por un camino vecinal no pavimentado, el 6 de enero. Habíamos ido Enrique y yo con mis papás y el padrino de confirmación. Cuando pasó el arzobispo Manuel Pío López confirmando la larga fila de gente, a nosotros nos tocó en la puerta de la iglesia. Él iba acompañado de un sacerdote llamado Luis Oropeza; al vernos junto al padrino, que cargaba a Alfredo, le dijo a mi papá que si podíamos esperarlo al final, porque quería hablar con él.

Mis papás estaban intrigados sobre lo que quería ese sacerdote, una figura muy representativa

para todos. Tardó mucho en venir, hasta que terminaron las confirmaciones; les expuso que él era director de un colegio, un internado católico que estaba en Teocelo, que dependía del Seminario y que si le gustaría que fuéramos a estudiar allá. Mi papá dijo que estaba bien para Enrique, que ese año (1960) pasaba a quinto de primaria (el calendario era de febrero a noviembre).

Él fue quien se fue entonces a “La Apostólica” (el lema escrito en lo alto de la pared del techo era: *Omnia et in omnibus Christus*: todo y en todo Cristo), a principio de febrero, y que yo me iría al año siguiente, al pasar yo a quinto y él a sexto. Pero al siguiente año, que me correspondería ir, mi padre dijo que no, que sólo siguiera Enrique y cuando él terminara la Primaria, yo me iría a sexto año, porque le resultaba un poco caro, aunque realmente era poco lo que se tenía que pagar de colegiatura. Yo me quedé entonces a hacer el quinto año de Primaria en Peñuela, pero para mala fortuna la maestra se fue con el novio a los dos meses de iniciado el curso y nos quedamos sin maestra; los maestros de cuarto y quinto sólo nos ponían “cuentas” o tareas para tenernos ocupados. Entonces mi madre dijo: “de que pierdas el año, mejor te vas a Teocelo con Enrique”. Escribió una carta al Padre Luis Oropeza, preguntándole si todavía me podía admitir, y él le contestó que sí, pero que me mandaran de inmediato.

Las cartas tardaban una semana en llegar. Al siguiente sábado o domingo, por el mes de abril, en un “veliz tipo americano”, que era una caja de cartón, guardé mis pertenencias (zapatos, ropa, libros) y me llevaron a Teocelo. No recuerdo si fue mi padre o mi madre quien me llevó; seguramente mi papá porque mi madre estaría embarazada o criando a Adrián, porque Dora María nació en 1962, cuando ya estaba en el internado del Seminario (¡pasó alrededor de ocho años de su vida embarazada!). El viaje fue largo: a pie del rancho



a Peñuela, autobús a Córdoba y luego otro *Estrella Azul* de Córdoba a Xalapa vía Conejos (hacia cinco horas) y, finalmente, una hora a Teocelo pasando por Briones y Coatepec en el *Dios tigre*.

Para mí fue una impresión muy fuerte llegar al internado y encontrar a unos 65 niños desconocidos, muchos de ellos jugando *basket* en la cancha, *frontenis* en la pared o *ping pong*. Enrique ya tenía su ambiente y amigos (estaba en sexto); me asignaron una cama en el dormitorio, un pupitre en el salón de quinto y un “número económico” para fines de identificación de ropa, el 66. En el año recibíamos a lo sumo una visita de parte de los padres y una vez al mes nos llegaba una carta, que era previamente leída por el Padre Oropeza; nos entregaba las cartas abiertas y leídas. Así, por carta, me enteré que ya tenía un nuevo hermano que había nacido y me entró el ansia de conocerlo,



Roberto y Enrique, Escuela Apostólica Teocelo, 1961.

pero sólo salíamos del internado hasta el 30 de noviembre, que venían por nosotros.

Recuerdo que a los pocos días de llegar hubo examen de español. El Padre Luis le dijo a Enrique (como se dice: “le sopló”) que me aprendiera bien y de memoria las preposiciones. El examen fue de cuarenta preguntas, las cuales por los menos de la una a la 29 las tuve bien, porque me aprendí en estricto orden todas las preposiciones, aunque sin saber qué eran aún utilizándolas. Lo curioso es que en la pregunta uno había que poner “a”, en la dos “ante”, “bajo”, “cabe” y así sucesivamente. Si hubiese comenzado por “ante”, hubiese tenido todas malas. Estricta memoria.

Años después, cuando Javier ya era pequeño, preguntaba siempre cuándo regresaría del internado de Xalapa, del Seminario. Él preguntaba siempre: “¿Como cuántos *descuros* (noches) faltan

para que venga Roberto?"; y los marcaba en un almanaque para irlos descontando... Era siempre como la emoción de regresar al rancho, primero los dos años en Teocelo y después los ocho en Xalapa. Pero aquí, ya después del Concilio Ecuménico Vaticano II, teníamos la oportunidad de ir una vez al mes a visitar a la familia, cuando se podía.

En el primer año de interno en el Seminario, en 1963 —el curso comenzaba entonces en febrero y terminaba en noviembre— me sucedió algo insólito: ser rasguñado por una leona en el zoológico de un circo. Era un primer jueves de abril, —los jueves no había clases, se dedicaban a la recreación— y nos llevaron de paseo al circo *Atayde* que estaba instalado a los lados del parque Colón. Fuimos a visitar el zoológico del circo, que estaba mal organizado: para poder pasar a ver los leones y tigres en sus jaulas, había que atravesar junto a los elefantes y caballos percherones; la malla ciclónica frente a la jaula de los leones estaba tirada y ahí me quedé contemplando los leones. Mis compañeros caminaban por el zoológico, en el otro extremo vi a los internos de la Apostólica de Teocelo que también habían venido. Cuando los elefantes se comenzaron a mover, me hice para atrás asustado, hasta que reboté en la jaula de una pareja de leones; la leona sacó la garra por un hueco por donde les daban de comer y me pescó de las asentaderas; me alzaba con su garra queriéndome jalar. Las fieras comenzaron a rugir, alguien gritó: "¡se escapó un león!" y muchos salieron corriendo, y yo colgado de las garras de la leona... Finalmente alguien reaccionó, me jaló del brazo y caí en la caca de los elefantes; tenía el pantalón desgarrado hasta las rodillas, lo mismo que el calzón; me había enterrado una garra en el glúteo izquierdo. Me llevaron a la enfermería, los del circo me regañaron, me curaron levemente y luego me llevaron al sanatorio *Nachón* a que me

cosieran la herida. Cuando regresé al Seminario, era la hora de la comida; entré discretamente al refectorio, pero me reconocieron y aplaudieron; yo me sentía muy cohibido. Desde entonces, me pusieron como apodo *el león*, aparte del que ya tenía: *el gringo*. Tenía yo entonces doce años.

Años después, cuando vi a mi hijo Aldo, de diez años, lo niño que se veía, me preguntaba: “¿A esa edad me mandaron a mí al internado?”. Eran otros tiempos, para que se hiciera uno “hombrecito”... ¡No había que llorar! Sí recuerdo haberme quedado *compungido* cuando mi papá me dejó en el internado, o cuando me llevaron al Seminario de Xalapa, pero no lloré... ¡qué orgullo!

Algo más del internado de Teocelo: la corrección mediante el castigo corporal. Cuando había problemas de conducta o dejábamos ropa o zapatos tirados, había un encargado de recoger la ropa y en la noche, después de la clase de canto, el Padre Luis preguntaba de quién era cada prenda. Había que pasar al frente del salón a recogerla recibiendo un reglazo, cadenazo o palazo de escoba, según lo que tuviera a la mano. Pero en una ocasión yo había dejado unos zapatos viejos en el tambo de la basura; los sacaron de ahí y los llevaron a la hora de la entrega de la ropa tirada. El Padre Luis preguntó: “¿de quién es esto?”. Nadie respondió. Silencio en el salón. Volvió a preguntar: “¿de quién es esto o le daré doble?”; entonces yo alcé la mano para decir que eran míos, pero ya los había tirado a la basura. Sólo dijo sin escuchar: “pásale por Roma”. Tuve que pasar al frente y recibir un buen reglazo.

En otra ocasión, después de comer, pasamos todos a la capilla a hacer una oración y, al salir, había que formarse y guardar silencio para que rompiéramos filas. El Padre decía entonces: *Deo gratias*. Y todos corríamos para jugar. Pero como no nos callábamos, pidió a los que jugaban *basket*

ese día que se fueran a cambiar y a los demás nos puso en fila india al lado de la cancha, bajo el sol, a ver el partido. Comenzamos a aplaudir y apoyar al equipo contrario del padre, formado por los celadores, a tal grado que el equipo contrario, formado por los niños más desarrollados, le iban ganando al del Padre Luis. Éste, enojado, paró el juego y fue por una tabla. Nos dio un tablazo, uno por uno en la cabeza, como marimba. Después de eso nos mantuvimos en silencio viendo el juego. Fue buena advertencia. Sin duda, el Padre Luis, después de cuidar de más de 60 niños durante diez meses y después de algunos años, ya se había trastornado.

Fueron otros tiempos, otras costumbres. Era la llamada “Pedagogía venenosa”, fundada en la obediencia ciega, la represión de las emociones y el castigo corporal. Nadie lo cuestionaba. Ni para decírselo a los papás, porque nos hubiesen respondido: “pues qué habrán hecho”. Nuevamente, como dijo Cicerón: *O tempora o mores!* (que alguien tradujo de modo simpático: “oh tiempo de mis amores”). Pero sobrevivimos.

Vale la pena reseñar tres bonitas tradiciones en el rancho: la Rama, la Posada y el Año Nuevo. La Rama se canta las nueve noches antes de la Navidad, al igual que la Posada. En San Rafael hay una Rama que se canta por el pueblo; los muchachos y chicas se organizan, cantan unos versos que Adelina adaptó y los aguinaldos sirven para la compra de piñatas y dulces para los niños en la iglesia la Noche Buena. Éstos son algunos de los versos que se cantan, de casa en casa, acompañados de guitarras y panderos:

**“Amados caseros ya estamos aquí,
aquí está la Rama que les prometí.
Desde la capilla venimos cantando
y a estos señores venimos
buscando.**

**Naranjas y limas, limas y limones,
más linda es la Virgen que todas
las flores.**

**En todo el año una vez salimos,
no pueden negarse, es para los
niños.**

**Arriba del cielo está un portalito,
si usted nos ayuda se va derecho.**

Naranjas y limas...

**Ya se va la Rama muy agradecida,
porque en esta casa fue bien
recibida.**

**Ya se la va la Rama por la
oscuridad,
deseándole a todos ¡Feliz
Navidad!”.**



Mis hijos y sobrinos salíamos a cantar la Rama con los jóvenes de Río Seco y la traíamos a San Felipe para cantársela a la *nonna* Silveria y a veces hasta Peñuela y Paraje Nuevo, con el tío Ismael, que como ya dije, fue el encargado de la capilla. En una ocasión cantábamos la Rama en una casa con corredor, piso de tierra y sin luz, cuando un cochino amarrado con un lazo comenzó a correr espantado, no lo habíamos visto. Ornela cargaba la Rama y al ver que el cochino le iba a enroscar los pies con el lazo y tirarla, la cargué para librarla del azotón; pero entonces me enredó a mí los pies y caí con Ornela en brazos y ésta con la Rama. Fue divertido.

La segunda tradición es la Posada. La Posada la hacemos un sábado por la noche antes de la Navidad. Adrián consigue en Río Seco un burrito para que cargue a la Virgen (una niña vestida de Virgen María) y un sobrino vestido de San José llevando el burro. Detrás de ellos, todos con velas cantando las letanías en latín. Damos vueltas por el asoleadero o por el campito de fútbol de La Polenta. Dora María, Adrián y yo cantamos los versos de la letanía, todos responden cantando: “*ora pro nobis*”. Adrián tenía la ocurrencia de añadir de su cosecha dos versos más: Después de “Rosa mística” incluía: “Rosa Sampieri”. Y después de “Regina angelorum, Regina patriarcharum” añadía: “Regina Sampierorum”. Y todos repetían sin darse cuenta: “*Ora pro nobis*”. Al concluir la letanía, cantábamos los versos de la Posada acompañados del acordeón de Ernesto (algunos adentro de la casa para dar posada, la mayoría afuera para pedirla):

“En el nombre del cielo os pido posada, pues no puede andar mi esposa amada”...

“Aquí no es mesón, sigan adelante, yo no les puedo abrir, no sea algún tunante”...



Al terminar de cantar los versos, entramos cantando todos: “Entren santos peregrinos, peregrinos, reciban este rincón, aunque es pobre la morada os la doy de corazón”... Para después cenar ricos pambazos, tamales, ponche y buñuelos de doña Silve. No faltaba también una piñata y el canto de la Rama.

La tercera tradición es la fogata de Año Nuevo en el rancho. Como desde 1970 hemos tenido el agrado de reunirnos para esperar el Año Nuevo con una fogata en el corredor de la casa vieja. La cena en las primeras fogatas era *chileatole* de panza hecho por Rafaela, buñuelos de mi mamá, ponche de frutas y algunas bebidas. Compartíamos la fogata con la familia del tío Delfino y, la primera vez, con la del tío Ismael. Sólo Victorio estaba casado entonces. Esa ocasión Adelina, Irma y otros primos —los hijos del tío Ismael— estuvieron probando de todo y, cuando nos percatamos, estaban “bien servidos”. Insólito y divertido. La “sagrada familia” —la del tío Ismael— regresó a San Rafael bien “pasada”, a excepción claro de la tía *Licha*; ella dijo después muy enojada que jamás volverían a pasar Año Nuevo con una “familia de viciosos”... Efectivamente, nunca volvieron. Una pena.





**Afrén,
en el “Concurso
de piernas” de
Año Nuevo.**

Una fogata muy divertida fue años después en que hicimos un concurso de piernas de hombres. Hubo un jurado de cinco mujeres y se hizo una pasarela alrededor de la fogata, exhibiendo cada quien sus piernas con el pantalón remangado arriba de las rodillas. Ernesto tocaba el acordeón para acompañar la presentación de cada uno. Había chiflidos y risas por el estado de las piernas de cada uno. Después de mucho deliberar, el jurado eligió cinco pares de piernas finalistas: Efrén con sus piernas flacas y *güeras*, Miguel por el estilo, el tío Tollo con sus dos chamorros impresionantes y también blancos; finalmente, los dos pares de piernas más impresionantes: ¡mi papá y el tío Delfino! Las piernas de mi papá flacas y blancas, con una venda en la pantorrilla, y el tío Delfino lo mismo, pero con el largo calzón saliéndole debajo del pantalón. La tía Herminia estaba toda apenada y le pedía al tío se bajara pronto los pantalones, pero

él, con algunas copas, estaba de lo más divertido. Los dos finalistas fueron los dos últimos; las porras de los hijos de mi papá y del tío Fino eran atronadoras; el jurado fue tendencioso (tres de ellas eran hijas del tío): decidieron darle la victoria al tío Delfino. Pero... ¡cuánto nos reímos!

Finalmente, un comentario sobre la fogata de Año Nuevo. Siempre, unos treinta minutos antes de la media noche, nos reunimos en círculo alrededor de la fogata para hacer una brindis; según una costumbre en un pueblo de Italia que nos platicó el tío Delfino, se le pone sidra a un bacín nuevo y cada quien toma un trago para hacer su brindis y expresar sus deseos. A la media noche nos damos el abrazo, se hace una larga oración que lleva mi mamá y leemos el salmo 90 que es especial

para invocar la protección divina (“Te cubrirá con sus plumas, bajo sus alas te refugiarás... No temerás el espanto nocturno...”). Pasada la media noche, trueñan cuetes y se quema un muñeco lleno de petardos simbolizando la quema del año viejo. La señal de la media noche es la sirena de la calera de Peñuela. Después de los abrazos seguimos cantando alrededor

de la fogata con los acordeones de Efrén y Ernesto. Es una convivencia muy grata que nos gusta compartir. Creo que todos los sobrinos tendrán un grato recuerdo de las fogatas de Año Nuevo en el rancho.



Dora María, Roberto y Doña Silve. Xalapa, 1965.

6 Don Neto





Don Ernesto en el asoliadero.

A mi papá todos le decían “Don Neto”; sus hermanos simplemente “Neto”. Para los hijos siempre de “usted”; nunca pudimos hablarle de “tú”, ni tampoco a mi mamá. Traté pero no lo conseguí. Mejor me quedé con el respeto de las palabras que aprendí.

Puedo decir que nunca supo lo que estaba escrito en la lápida de sus *nonni* en el cementerio de Soranzen, hasta que le traje una foto de la tumba cuando fui en 1976 con Román y Efrén, que él visitó en el viaje de 1979. En la tumba de Archángelo y Ángela está escrito: *L'onestá fu il loro ideale, il lavoro la vita, la familia il loro amore.* Son los

bisnonni que llegaron a México con la inmigración de octubre de 1881 (unos 500 inmigrantes vénetos y trentinos, que llegaron al puerto de Veracruz en el barco *Atlántico*). El *nonno* Archángelo y su familia se establecieron en la Colonia Manuel González y allí vivieron unos diez años. Se le casaron aquí la hija mayor, Genovefa con Vittore De Muner y un hijo, Giacomo, con Luisa Crivelli. Pero no le gustó México y volvió a Italia con su familia, excepto Isabella, que estaba comprometida para casarse con Agostino Cesa y decidió quedarse. Al irse, el *nonno* Vigilio, siendo un joven de alrededor de 18 años, le dijo a su hermana Isabella que él regresaría a México en algunos años, promesa que cumplió.

Se establecieron en Italia. El *nonno* Gilio, nacido en Boschi di Colderú (Lentiai, en 1874) en participó en la guerra colonialista de Eritrea (1895-1896) y tuvo que regresar a Italia por haberse enfermado. Recibió una medalla de condecoración. Se casó con la *nonna* Teresa en 1899 y

tuvieron cuatro hijos: Modesto (nacido en 1905), Raimundo (1906), Delfino (1908) y Gino (1910). Por años trató de convencer a la *nonna* de emigrar a México, hasta que lo consiguió al advertirle que habría una guerra en Europa y sus hijos tendrían que luchar en ella. Ella aceptó irse a México, vendieron sus propiedades en Soranzen y partieron el 14 de febrero de 1912 de su pueblo; pero se embarcaron desde el puerto francés de Saint Nazaire, no de Génova, en el barco *Le Champagne*, el 22 de febrero de 1912, debido a que el Mediterráneo se encontraba bloqueado a la navegación por Inglaterra en el Estrecho de Gibraltar.

Para la *nonna*, el viaje por barco a Veracruz (unos 15 días) fue una auténtica pesadilla, dado que iba embarazada de mi papá. Sólo quería que la arrojaran al mar de tantos vómitos. Pero ni la arrojaron ni ella se arrojó al mar, felizmente. Don Agustín Cesa y Onorato Pittol fueron a esperarlos a Veracruz, adonde llegaron el 10 de marzo de 1912; de aquí se fueron en tren a Camarón y de ahí a caballo a la Colonia para establecerse en casa de su hermana Isabella, en el rancho El Olvido, mientras compraban una propiedad. Finalmente adquirieron el rancho La Purísima, en el Ocote, donde nació mi papá el 14 de octubre de 1912.

Dos anécdotas simpáticas de la *nonna* Teresa. Una fue el susto que se llevó al llegar a vivir a una casa de madera con piso de tierra, en el Rancho La Purísima, en El Ocote, después de haber tenido una bonita casa de dos pisos en Soranzen; se pre-



Nonna Teresa e Isabel con Angelo De Gasperín. 1968.

**Herminia,
Adrián, Silveria
y Roberto.
El Ocote.**



guntaba cómo iban a pasar el invierno con la nieve en una casa de tablas. La otra fue el impacto, tan fuerte para ella, de ver a gente de tan diferentes rasgos físicos; se salía antes de terminar la misa del domingo en Zocapa del Rosario, para pararse en la puerta del templo y ver salir a los nativos. Sólo decía en véneto: “Gesú María, ché brutta gente ghené qua”. Ellos fueron *contadini* y, con toda seguridad, nunca conocieron Venecia ni mucho menos Roma. Fue así como mi papá llegó a México; decíamos en broma que fue hecho en México con tecnología italiana, como un FIAT *Cinquecento*.

A veces pensamos que las personas fallecidas son sólo cualidades y virtudes, sin defectos. Bien dicen que “si quieres conocer tus defectos, cástate;



Isabel De Gasperin y Teresa Gris.

si quieres saber tus cualidades, muérete”. Algo hay de cierto en ello. Ni los casados somos diablos, ni los muertos son ángeles. Somos seres humanos, con defectos y cualidades o como los taqueros: “con todo”. Ciertamente, la vida de mi papá fue dedicada al trabajo en el rancho. Amaba a su familia, aunque nunca lo dijera; apegado a la religión y de modo especial apegado a la honestidad, incluso prefiriendo a veces que en sus operaciones de venta de café o plátano abusaran de él antes que ser deshonesto. Sí aprendimos la honestidad gracias a él, pero no nos enseñó a defendernos. Hubo que aprenderlo sobre la marcha.

En 1979 hubo la oportunidad de ir a Italia con los dos (papá y mamá). Sabía que era una ilusión para mi papá ir al pueblo donde “fue encargado” y de donde salieron sus padres y cuatro hermanos para México en abril de 1912. Finalmente se concretó el viaje y fuimos a Italia y España. Mi mamá no quiso dejar en el rancho a Dora María, entonces de 17 años; demasiados peligros, galanes

amenazantes... Nos fuimos los cuatro. Marilena y Alex, su esposo, tenían vacaciones en agosto y anduvimos con ellos en sus dos *FIAT* y la *rulote*.

Alex decía que era *il tour papale* porque visitamos Sotto il Monte, donde nació el Papa Roncalli, Juan XXIII; Canale d'Agordo, en Belluno, donde nació el Papa Luciani, Juan Pablo I, y pasamos por Brescia, ciudad natal del Papa Montini, Paulo VI. Además, en la audiencia de Roma fuimos los primeros en entrar a las 3 PM a la plaza de San Pedro para ver al Papa (¡tres horas bajo un sol abrasador!). Valió la pena porque, estando en primera fila, pudieron tocar las manos del Papa (aún no se usaba el *Papamóvil*). Fue emocionante. Por cierto, ahí en San Pedro nos encontramos con Ernesto y Luz María, que andaban con amigos de viaje. Coincidencias de la vida.

Desde luego, los Dolomiti, el espectacular Paso dello Stelvio, el bello Lago di Misurina y la subida en *seggiovia* a la montaña, La Marmo-

**Vista de
Soranzén (BL).**





Isabel, Alfredo, Rita y Roberto. 1998.

lada en *funivia*, los pueblitos cercanos a Cortina d'Ampezzo... Todo esto no tuvo nada que ver con llegar a "la Meca": Soranzen. Al llegar al pueblo, bajando por la carretera de Belluno a Feltre, desviándonos por Santa Giustina, fue foto obligada con el letrero de Soranzen, comune di Cesiomaggiore. Finalmente, *arrivati*.

Establecimos la *rulote* en el patio de la casa de la *signora* Elena, sobrina-nieta de la *nonna*. Comimos la *polenta*, visitamos la *Chiesa* e il *cimitero*, donde nos tomamos la foto ante la tumba de *i bisnonni*. A mi papá se le agolpaban las emociones y mi mamá se soltó hablando *véneto* con la *signora* Elena. El momento culminante fue cuando la *signora* Lucía nos permitió visitar la casa que fue del *nonno* Gilio. Las escaleras, las recámaras, el jardín de atrás con el viñedo y la cocina. En el centro de la gran cocina, el enorme brasero donde colgaba la paila para hacer la polenta; mi papá se soltó a llorar muy emocionado, se arrodilló y besó el piso de la cocina.



**Roberto, Aldo
y Ornela,
Soranzén (BL).**

Yo estaba impresionado. Sólo lo vi llorar dos veces: ésta y cuando murió su compadre, el tío *Fino*. Al otro día del sepelio, sentado en el corredor de la cocina, mi papá estaba muy triste. Le dije que fuéramos a caminar por la finca, y en el camino, me fui detrás de él y vi que lloraba todo el camino: para él era su hermano, amigo y compadre.

Fue espectacular la visita a Soranzén. Caminar por los viñedos, tomar fotos de las vides aún verdes con ellos, visitar a los primos que aún vivían, bajar al torrente Caorame, contemplar los PreAlpi, ir a Cesiomaggiore, a Menin (donde nació la *nonna* Teresa), *mangiare la polenta*, tomar vino y más vino... Un viaje lleno de emotividad.

Años después, en 1984, mi papá comenzó a adelgazar y a tener una baja de salud (yo había regresado de la Maestría en Francia en diciembre de 1983). Había fumado desde los 15 años sus *Alas azules* y el cáncer le había cobrado la factura. Yo desde niño había identificado a un adulto como una persona con bigote y fumando... Dos distintivos de mis tíos. De hecho mi madre, cuando iba a Córdoba a hacer la plaza y regresaba con los tres o cuatro morrales llenos de verduras, pastas y lo demás, íbamos a encontrarla a Peñuela para venirnos caminando con ella y cargar los morrales. Casi siempre en uno de ellos venía un paquete de cigarrillos para mi papá; mejor le compraba el paquete, pues salían más baratos que comprarlos en la tienda.

Pero el cáncer no respetó y la salud de mi papá se vino para abajo. En Semana Santa nos tomamos una foto en el patio de la casa, donde ahora está la cancha de *basket* y antes el corra-

lito de los naranjos de ombligo y el gallinero de la *nonna*. Mi papá cargó a Claudia, de dos años, y a los nietos niños de entonces. Después estuvo hospitalizado en Orizaba una semana; agradecí lo que me dijo el padre Zilli cuando le dije que mi papá tenía cáncer: “Ya no le hagan nada al *viejo*”. Decidimos traerlo al rancho y que estuviera en su cama con sus medicamentos. Allí lo visitaban sus hermanas Isabel, Rita y Amalia, familiares y los hijos. Fue una buena decisión: estuvo en su casa y en su cama, comía lo poco que podía, también *la menestra*. Calidad de vida en sus últimos días y una muerte digna.



Monumento
a los caídos,
Soranzén (BL).



Iglesia de
Soranzen (BL).

garganta de no haberme atrevido; pero el fin de semana del 9 y 10 de junio me prometí a mí mismo no volver a Xalapa sin decírselo. Así estuve los dos días, luchando conmigo mismo y buscando el momento. Platicamos del viaje a Italia, lo bien que se la había pasado. Le pregunté que si la época actual para mí era mejor o peor que la que le tocó vivir a él. Sólo me dijo: “No, hijo, no hay ninguna comparación”. Cuando se vinieron del Rancho El Ocote, él trabajó como un año con sus hermanos limpiando las fincas de la familia Tres, en el *Palo-tal*, antes de que compraran el Rancho San Felipe en 1924.



*“Nunca te apartes
de Dios”.*



Platiqué mucho con él, lo rasuré, le di de comer, le traje flores de café y, al despedirme, como una explosión al abrazarlo le dije: “Papá, lo quiero mucho”. Me puse a llorar. Él sólo me dijo: “Yo también, hijo”. También él lloraba. Me hiqué pidiéndole que me diera una bendición para mí y para mis hijos. Lo hizo con emoción y muy pausadamente. También le dije que pusiera en orden sus papeles, cosa que hizo al otro día llamando al notario. Antes de salir del cuarto, me dijo todavía:

“Nunca te apartes de Dios, hijo”. Le respondí que sí, que nunca me había apartado de Dios.

Salí de su cuarto aliviado, tremendamente reconfortado y en paz; sabía que me había despedido de él. Regresé a Xalapa en la *combi* amarilla, con mucha paz. Al otro día, pasada la media noche, me despertó una llamada telefónica; sabía para qué me llamaban. Era Victorio para decirme solamente: “Lo que tenía que pasar, pasó”. Siempre he pensado que mi papá tuvo la amabilidad de esperarse a que le dijera que lo quería, para yo quedarme en paz. Esa madrugada escribí una carta que puse en su fétetro. ¡Cuánto le agradecí que me hubiera esperado!

Algunas imágenes que tengo de él. Se paraba de modo muy gracioso, como metiendo las asentaderas, con el machete colgando de la cintura, con una camisa manchada del plátano cuando tenía que cortarlo, siempre con un sombrero de palma. Verlo regresar de la vía, por la subida, cargando un rollo de hierba para la vaca que tuvo algún tiempo. Una vez fue a Tepatlaxco por una novillona que le había regalado el *nonno*, pero como no tenía camioneta, se vino caminando jalando la novillona hasta el rancho. Llegó cansado no sólo de caminar, sino del esfuerzo de venir jalando a una novillona rebelde con una reata. Se sentó en el quicio de



la casa, exhausto. Supongo que no se habrá levantado al otro día.

Cuando se construyó una galera de pollos al pié del *asoleadero*, junto había unos naranjos. Nos subíamos por el árbol para cortar las naranjas y alguien las cachaba en el *asoleadero*, porque las hacíamos rodar por el canal de lámina. Una vez Adrián se subió a cortarlas y mi papá capoteaba una por una, pero Adrián se detuvo, dejó de rodarlas y mi papá preguntó qué le pasaba, por qué no le echaba las naranjas: “¡Ándale, apúrate, que te estoy esperando!”. “Ya van”, dijo Adrián. Había hecho un canal lleno de naranjas y las soltó todas juntas; una por una, seguidas, le fueron cayendo a mi papá que parecía malabarista o cirquero queriendo capotearlas todas para que no se azotaran. “Órale, *camarón*, más despacio”, dijo mi papá, mientras Adrián, otro *estrajabare*, se caía de la risa. Fue muy cómico.

En una ocasión fuimos de paseo en la camioneta *Chevrolet* doble rodada a la Colonia Manuel González. Íbamos todos, junto con los hijos del tío Delfino; llevábamos tacos como *bastimento*; apurábamos a mi mamá, que los preparaba, diciéndole: “¡Ya vámonos!”. Ella, enojada, nos respondió: “Cuando salimos, bien que dicen: ‘¡ya vámonos!’”, pero cuando les da hambre, entonces dicen: ‘¡ya no hay más?’”. Tenía razón.

En esa ocasión, mi papá iba agarrado de los tubos curvos que tenía la camioneta para poner la lona, cuando nos agarraba el agua, pero por sacar un cigarro, sólo estaba agarrado con una mano. En eso la camioneta dio una vuelta y mi papá giró como una perinola, colgado sólo de una mano. Fue muy chusco y nos reímos todos; él también.

Los domingos, después de la misa de 9 en San Rafael Río Seco, le gustaba quedarse a ver el juego de fútbol; lo disfrutaba mucho. Cada quince días jugábamos nosotros, los del *Deportivo O-key*

Doña Silve y don Neto, en los sesenta.



que dirigía Miguel. En uno de los juegos contra los locales, un 16 de septiembre, ya no sabíamos a quién meter de cambio; incluso metimos a Adrián, que parecía un chapulín y que poco sabía de fútbol. Alguien ingenioso del público gritó entonces: “¡Mejor metan a Don Neto!”. También nos gritaron: “¡Metan al *pitirijas!*” (así le decían a un trabajador de la granja). Hubo risas entre la gente que veía y disfrutaba el juego. Ese partido lo perdimos.

Por cierto, el año que murió (1984) los de San Rafael tuvieron el hermoso detalle de que el torneo de fútbol del 16 de septiembre tuviera por nombre: “Don Ernesto De Gasperin”.



Atrás: Ernesto, Roberto, Efrén, Silveria, Ernesto, Victorio, Enrique y Adelina; adelante: Javier, Adrián, Dora María y Alfredo. Arriba: Foto de Hilda.

Doña Silve y don Neto.
Laguna de Montebello, Chiapas.





▲ Doña Silve con sus hijos y Emilio Zilli (falta Efrén).

▼ Doña Silve con sus hijos en sus 88 años. (2008).



7 Los “dichos” de Doña Silve



Mi madre merece un capítulo aparte. Es todo un personaje. Nació el 20 de junio de 1921 en Zocapa del Rosario, en el Municipio de Zentla, cuya cabecera es Manuel González, colonia fundada en 1881, con la intención de traer a los inmigrantes italianos trentinos y vénetos para desarrollar el campo. Sus padres, Isaac Sampieri Demuner y Jacoba Gasperin Agustineto, le pusieron por nombre María Silveria Antonia: el primero por la Virgen María, el segundo porque ese le tocó y el último por el *bisnonno* Antonio. Siendo todavía una niña, la mayor, con sus hermanos Daniel, Mariano y Herminia, se fueron a vivir a Tepatlaxco, al rancho que le habían heredado al *nonno* Isaac, que sembraron de café, incluyendo una parte del cerro. No había electricidad, se alumbraban con candiles y un quinqué; todo se hacía con leña, al no haber tampoco gas.

Conoció a mi papá por “palanca” de Don Rafael Gasperin, hermano de la *nonna* Jacoba. Cuando iba a Tepatlaxco “a ver a la novia”, iba en compañía del tío Ismael, quien a su vez era novio de la tía *Licha* Cesa, prima de mi papá, hija de la tía/*nonna* Isabel (hermana del *nonno* Vigilio), quien vivía en El Olvido, Municipio de Zentla. Abordaban el tren llamado *mixto* (porque llevaba de todo: dos vagones de pasajeros, unos tres vagones de carga de todo tipo, un *cabús* (último vagón del tren, para los operadores), correo, gallinas, guajolotes... Todo un floklor. Pasaba por Río Seco y el rancho; en Atoyac atravesaba la sierra por dos túneles y, entre los dos, en una curva, la vista espectacular de la cascada de Atoyac... la barranca del Chiquihuite, hasta llegar a Paso del Macho, unos 40 kilómetros, en casi dos horas... No estaba mal para la época, mejor que ir caminando o en mula... Aquí la venta de tamales, *picadas*, refrescos, aguas preparadas, elotes... Era una variedad digna de “Vivir para contarla” de García Márquez.



Doña Silveria y hermanos, en sus 80 años.

De aquí caminaban para Tepatlaxco, unos 20 kilómetros, por un camino de mulas, que después funcionaría con camiones de carga. En tiempo de seca el camino era una polvareda; en tiempo de lluvia, unos lodaderos donde muchas veces el camión se quedaba atascado. En una ocasión, yendo con la tía Herminia y Ernesto, nos tocó ya un “autobús” de los del señor Zapata, de *La Palma*, un verdadero trebejo. En la parte de atrás de los últimos asientos no tenía piso y, en época de seca, el polvo entraba a placer por “el piso”. Un verdadero folklor muy simpático. Pero, bueno, a mi papá no le tocó ni “el pasaje” sino caminar los 20 kilómetros, ida y vuelta, “para ver a la novia”. Se comprende por qué buscaban arreglar cuanto antes la boda.

En Tepatlaxco se quedaban a dormir en casa del *nonno* (¡qué riesgo!). Mi papá podía ver a la novia (¡seguramente con la *nonna* Jacoba sentada

en medio de los dos!) y el tío Ismael continuaba caminando, atravesando las dos barrancas (el Jamapa y el Zocapa) para llegar al rancho El Olvido, para finalmente poder ver a “La Licha” (sin duda... ¡también con la *nonna* Isabel sentada en medio de los dos!). El viaje de regreso era el mismo, abordando el tren de la tarde para Peñuela y luego caminando por la vía hasta el rancho, otros dos kilómetros.

Sé que el compromiso de boda fue “por conveniencia” (ambos eran de familias italianas y católicas, dos certificados de que eran “*de buena familia*”;

¡buen *pedigree*!). Cuando alguna vez le pregunté si se había casado enamorada de mi papá, me dijo: “Cuando estaba esperando a Victorio sentí que comencé a quererlo”... ¡Sin palabras! Se casaron un 19 de febrero de 1944, en la parroquia de La Purísima, de Córdoba, en boda doble con los tíos Ismael y Eloísa (“La

Licha”). Los casó el señor cura Ignacio Lehonor Arroyo, mejor conocido como “el padre *Nachito*”, a las 8 AM (en esa época las misas sólo eran por la mañana, para estar *en ayunas* y poder comulgar).

Después hubo desayuno en el hotel de enfrente, el Virreinal. La “luna de miel” fue en México, D.F., adonde se fueron en ferrocarril. Hay una foto simpática en la fuente de La Alameda Central de México: mi padre vestido de traje, muy serio, y mi madre con un vestido muy elegante. La *nonna* Jacoba no vino a la boda “por la tristeza que le causaba que una hija se le casara” (¡era la primera!). De hecho, no asistió a ninguna de las bodas de sus hijos, por la misma razón.



*“¡Qué vergüenza que me agarre
el Sol en la cama!”.*

Doña Silve





Boda de Ismael De Gasperin y Eloisa Cesa, Ernesto De Gasperin y Silveria Sampieri. Córdoba, 1944.

Bueno, hasta aquí los antecedentes “no penales” de Doña Silve... Ahora a sus “dichos” o expresiones más comunes junto con algunas anécdotas.

Todas las expresiones de mi mamá tenían relación con el campo y los animales. Como la *nonna* Teresa, que casi para todo se expresaba de Soranzen, Italia: “Esto lo voy a tirar hasta el Caorame”, decía cuando estaba enojada porque algo se le había echado a perder (el Caorame es el arroyo que baja de los Alpes y pasa atrás del pueblo, en una hermosa barranca, a donde ella iba a lavar la ropa). Agua muy fría, agua de los Alpes.

Un paréntesis sobre el Caorame. En este *torrente* quiso meter los pies, años después, la tía Isabel, como niña encantada, y caminar con el agua

**Don Ernesto
y Silveria.
La Alameda,
D. F.**



**Doña Silve
con Hilda.**



hasta las rodillas, cuando fuimos con ella, la tía Rita y Alfredo Tres en 1998. Estando a la orilla del torrente, en el puente, se me acercó la tía para decirme: “Roberto, quiero meterme al río”. Yo le pregunté: “¿Y cuál es el problema?”. “Es que traigo pantimedias”, me dijo. “Vaya al coche y quíteselas; yo la alcanzo para entrar con usted al río”, le dije. Cuando la tía entró al río caminando, la tía Rita estaba espantada de que se enfermara por el agua fría o que se cayera en el agua y casi le gritaba como una mamá: “Isabel... ¡te vas a enfermar!”. Yo creo que en el fondo ella también quería hacerlo, sin atreverse. La tía Isabel caminaba con un rostro radiante, como una niña traviesa, sobre la gravilla blanca del río. El agua le llegaba casi a la mitad de las pantorrillas y ella se alzaba la falda para no mojarse. Nunca olvidé ese rostro radiante de la tía *Chabe*. (A veces me pregunto: ¿Por qué los adultos perdemos esa capacidad de disfrute de las cosas sencillas y ser ocurrentes y espontáneos, como los niños? Ciertamente, la tía *Chabe* no lo perdió).

Vuelvo al tema. Las expresiones de mi mamá tenían que ver con animales, plantas o el campo en general. Cito algunas, junto con una que otra “puntada” o anécdota muy de ella.

- En el viaje a Jerusalén, en 1992, de regreso de Tel Aviv hicimos escala de cuatro días en Atenas, para dos cosas: visitar los monasterios griegos ortodoxos de Meteora, cerca de Tríkala (lo más bello que he visitado en mi vida) y subir a la Acrópolis. No podía hacer más cosas en compañía de mi mamá, porque su interés era más lo religioso, además de que se cansaba. Caminamos hasta llegar a la puerta



**Silveria y
Ernesto.
D.F. 1944.**

de la calzada hacia la Acrópolis; era como el 20 de mayo y hacía un sol abrasador cerca del medio día. Cuando vio la calzada ascendente me dijo: “Yo mejor me quedo aquí y te espero; tener que caminar toda esa subida bajo el Sol sólo para ir a ver *esas piedras viejas*; mejor aquí te espero”... Se quedó en una banca, bajo un árbol, comiendo fruta que llevábamos. Estuve unas dos horas visitando



“Me divertí más yo aquí viendo ese *desdichado tepehuero*, que tú viendo esas *piedras viejas*”:

Doña Silve



el Partenón, las Cariátides y otros monumentos; cuando bajé, me recibió diciéndome: “Me divertí más yo aquí viendo ese *desdichado tepehuero*, que tú viendo esas *piedras viejas*”. Miré hacia arriba de la calzada. En efecto, parecía un camino lleno de hormigas *tepehuas* (en náhuatl *tepehua* significa “dueño de los montes; son unas hormigas

grandes, color castaño claro) la calzada llena de turistas, en su mayoría blancos, en shorts y asoleados, que subían y bajaban de la Acrópolis. Cómo me reí; ha sido una frase para la posteridad.

- En otro viaje ya mencionado con mi papá, mamá y Dora María, en 1979 para conocer Italia, en especial “La Tierra Prometida” (Soranzén), al regreso el avión hizo escala en Miami. Al sobrevolar el aeropuerto, se veía una cantidad enorme de aviones estacionados o sobrevolando el área de la ciudad. La expresión espontánea de mi mamá (y no precisamente en voz baja) fue: “Mira nada más... ¡qué *desdichada zopilotea!*”. Si uno ve desde lo alto una manada de zopilotes volando, uno

encuentra que la comparación es realmente muy atinada. También solía comentar cuando veía una casa construida a nivel de la tierra, sin levantar un poco el nivel para que se vea más alta: “parece un *total* echado”. En efecto, si uno ve a un guajolote echado en tierra, no luce su belleza; en cambio, cuando está en pie, como un pavo real, qué diferencia. Lo mismo con una casa. Por ello, cuando construí la casa de madera en el rancho, *La Polenta*, siempre pensé en levantarla por lo menos al nivel de la carretera, haciéndole una plataforma de unos 90 centímetros, para que no pareciera “un *total* echado”... En una de las discusiones y bromas con mi mamá, le dije al ver que se le resbalaba algo: “Está usted medio *chiflada*, mamá”; a lo que me respondió de inmediato: “Sí estaré medio *chiflada*, pero soy la mamá de alguien que está completamente *chiflado*... Algo de lo que siempre ha estado orgullosa es de levantarse antes de que salga



“Para que no parezca un *total* echado”. La Polenta, Rancho San Felipe.



“La obispa”, Doña Silve en la casa *La Polenta*.

el Sol. Antes lo hacía a las 4 AM para ponerse a coser y adelantarle al quehacer. En los últimos años ya se da “el permiso” de levantarse entre 5 y 6 AM. Su expresión es: “¡Qué vergüenza que me agarre el Sol en la cama!”. Aunque a veces le pasa que viene saliendo de su cuarto después del amanecer, alegando que se queda a hacer sus oraciones. Y, al hacer sus oraciones en la cama, le sucede a veces que se queda dormida nuevamente: ¡qué vergüenza que le agarre el Sol en la cama!

- En una época Dora María y su esposo Emilio Zilli viajaban con frecuencia, tanto en México como fuera del país, porque él era vicerrector de la Universidad Veracruzana. En una ocasión mi mamá se quejaba de ella diciendo: “Es que Dora María parece zopilote:

siempre volando”. Dora María se lamentaba de la desatinada comparación diciendo: “¡Si al menos dijera que parecía yo una paloma!”. Algunas veces mi mamá iba a Veracruz a visitarla en Boca del Río, llevándole una caja de plátanos, naranjas, aguacates, limones, chayotes... En fin, hija única, única mujer. Pero a veces no la encontraba y tenía que dejar la caja a Don *Jere* (un vecino) para que se la diera. Y regresaba al rancho refunfuñando: “¿Qué no se puede quedar en su casa? ¡Siempre en la calle!” Lo curioso es que ella también andaba en la calle, al ir a Veracruz.

- Mi mamá jamás, o casi nunca, se quedaba en casa de un hijo. Sólo una vez que fue a México con las tías Lupe y Herminia, para visitar La Villa de Guadalupe, se quedó en mi departamento de Calzada del Hueso. Pero una vez que Adrián la llevó a casa de Dora María, se pusieron de acuerdo para que él se regresara sin ella; mi mamá se enfureció y a la mañana siguiente se levantó a las cinco AM, bajó a la orilla del boulevard donde pasa el autobús AU para Córdoba y se vino en él. Cuando Dora María se levantó (como decía la *nonna* Jacoba: *Chápelo*) ya no estaba. Obviamente no la encontró ni sabía dónde había ido (creyó que a misa) hasta que mi mamá la llamó del rancho para decirle que ya había llegado. Sólo llegó diciendo muy orgullosa: “No me han de *domar*; Adrián me dejó a *traición*”. ¡Otra expresión para la posteridad!
- En otro viaje a Italia, ahora en compañía de Javier, con el grupo *Bellunesi nel mondo*, al abordar el avión mi mamá siempre estaba en primera fila. Al subir ella la primera, se sentó

en los lugares de primera clase y sacó su bolsa con *lunch*. Ya empezaba a quebrar un huevo hervido poniéndole sal, cuando pasó Jaime Crivelli y le dijo: “Silveria, ¿qué haces aquí? Éste no es tu lugar”. Entonces mi mamá agarró sus cosas y se fue a la clase turista a ocupar su asiento.

- Algo simpático sucedió en el último viaje de mi mamá “al otro lado del charco”: La llevamos Dora María y yo a los 50 años de ordenación de Don Sergio Obeso, a Roma, a una misa de aniversario en *Santa María Maggiore* y, al otro día, misa en *San Paolo fuori di mura*. En la cena elegante después de la misa vespertina en *Santa María Maggiore*, en un restaurante del *Trastevere*, después de los aperitivos, el Padre Rafael González anunció muy solemne: “Quieren pasar a cenar”. Mi mamá se quería apurar y estar en la primera mesa (con Don Sergio, el cardenal de Buenos Aires, amigo suyo, los Chedraui y otros). Dora y yo la detuvimos discretamente por el brazo esperando que los invitados especiales y familia de Don Sergio se sentaran primero. Lo normal. Pero mi mamá nos habló fuerte, reprendiéndonos: “¿Qué no nos están diciendo que pasemos?”. A mí me subía un color y me bajaba el otro; a Dora María también.
- En ese mismo viaje, cuando salimos de *Fiumicino* para Lisboa, para la visita a Fátima, se retardó la salida del avión *Air Portugal*. Pero cuando fue el momento de abordar, presenté los tres pases. “¿Y mi mamá?”, pregunté a Dora. La empleada de la aerolínea me preguntó: *Ma dove si trova la terza persona?* Le respondí: *eccola lí!*, señalando hacia el pasi-

llo. ¡Mi mamá ya estaba en el túnel de acceso al avión! ¡Cómo se pasó? No lo sé, no nos dimos cuenta. La empleada me inquirió enojada: *Ma come ha fatto la signora per passare senza il biglietto?*, me preguntó. *Comme tutto il mondo: a piedi!*, le respondí riendo. Y la hicieron regresar para checar su pase de abordar con el pasaporte. “No me han de *domar*”, solía decir Doña Silve... Como que disfrutaba salirse de las normas, salirse con la suya, más todavía si sus hijos se las querían imponer...

- Una vez me comentaba mi mamá acerca de un trabajador de la granja: “¡Qué buen trabajador es! Estoy muy contenta con él”. “¿Por qué, mamá?” —le pregunté— “¿Hace muy bien su trabajo?”. Ella me aclaró el porqué: “Llegó a trabajar a la granja estando casado por la Iglesia, tiene dos hijos que ya hicieron la primera comunión y el tercero ya pronto la hace; los tres están bautizados”... Sin duda, buenos argumentos para considerarlo “un buen trabajador”... para ella. No sé si para Adrián, que llevaba la granja; sin duda tendrá “otras razones” para valorar su trabajo... Por cierto, otro empleado, que era soltero, se iba a casar *también* por la Iglesia, con la satisfacción de mi mamá por su buena labor evangelizadora... Le ayudó mucho en los trámites... y los gastos. Pero unos cuatro meses después, que vio a la esposa ya embarazada y enterándose que se habían casado *habiéndose comido la torta antes de salir al recreo*, mi mamá le dijo “unas cuantas”, como ella solía decir (“decirle unas cuantas”, esto es, algunas palabras muy fuertes). Dicho de otro modo, le dio “una revolquiza” al traba-

jador (como también ella solía decir), por *la burla* que le había hecho pasar de hacer una boda con tantos festejos si la novia ya estaba embarazada... Inaceptable.

- Por cierto, el padre Justo Domínguez, que fue párroco de Paraje Nuevo, le apodó *La obispa*... Quedó para la posteridad su título honorífico: *La obispa de San Felipe*... Todo porque la vinieron a ver unas personas cercanas a la parroquia, que necesitaban una misa para un difunto, y el párroco andaba fuera. Ella les arregló la misa, no sé con qué sacerdote. Cuando el padre Justo lo supo y volvió a ver a mi mamá, la llamó riéndose *La obispa*. Muy adecuado.
- En San Rafael Río Seco la misa de los domingos era normalmente a las 9 AM. El tío Ismael era prácticamente el encargado de la capilla y devoto ferviente; siempre estaba antes y tenía todo preparado. Pero una vez llegó mi mamá caminando y, al cruzar la vía, ya casi a la hora de la misa, le preguntó extrañada al tío: “Pero, Ismael ¿A dónde vas? Va a comenzar la misa, ya dieron la tercera”... El, todo contrariado y agitando la mano como hacía para remarcar lo que decía (sobre todo cuando decía “no”, que se zarandeaba de un lado a otro de modo divertido, remarcando el “no” con dedo índice y con una expresión que Adrián imitaba de modo chistoso balanceando la mano y el cuerpo de un lado al otro de modo exagerado: “mmmmm, no, mmmmm, no”), le dijo señalando su trasero: “Este *chivato* rabo”... Dando a entender que le urgía ir al baño; por ello no estaba en la iglesia. ¡La naturaleza no respeta prácticas religiosas!

- Un domingo nos tocó jugar en San Rafael temprano, a las 10 AM. Frente a la iglesia está la portería, donde yo jugaba ese día de portero. En una jugada que salí a los pies, fui golpeado y me quedé tirado reponiéndome. Cuando oigo fuera que mi mamá preguntaba fuerte, saliendo de la iglesia: “Rober, Rober, ¿qué te hicieron?”. ¡Ya se iba a meter al campo a ver qué me había pasado! Está por demás decir que me paré de inmediato, ante la pena de que lo fuera a hacer...
- Mi mamá tuvo durante un tiempo algunos cerdos que alimentaba con desperdicios y también con pollos muertos. Pobres animales (los cerdos, claro). Solía ir a la granja de Victorio por los pollos muertos. Pero Adrián no quería que se siguieran trayendo esos cadáveres, por el riesgo de que se contagiaran los pollos de la granja, que son muy delicados, con los virus de los pollos ahogados. Seguía yendo y comenzó a no encontrar pollos ahogados. “No hubo”, le dijo el granjero. Hasta que comenzó a sospechar y descubrió a Don Maurilio que se llevaba por la finca, a escondidas, por instrucciones de Victorio, la carretilla con los pollos ahogados. Fue toda furiosa a decirle al granjero: “Victorio es mío y sus pollos también son míos”. Falló la estrategia empleada con mi mamá. Como dice Sergio Segura: “quieren dormir al velador”...
- Imposible pasar por el frente de una iglesia y conseguir que mi mamá voltee para el otro lado. Siempre repite, al pasar frente a una iglesia: *En los cielos y en la tierra sea para siempre alabado el corazón amoroso de Jesús sacramentado*. Al pasar frente a la iglesia de San Ignacio, yendo obviamente a misa, o los

sábados a las 6 PM en San Sebastián o los domingos donde fuera (mi mamá aparte escuchaba por radio la misa del arzobispo de Xalapa, los domingos a las 8 AM (¡tres en un fin de semana!), yo le señalaba lo verde del campo de futbol, los árboles, la vista del Pico de Orizaba, las plantas, las flores... “Vea qué bonito está todo, aquí a la izquierda”. “Sí, pero aquí a la derecha está más bonito: Jesús sacramentado”. Y comenzaba: *En los cielos y en la tierra sea para siempre alabado...* En una de las veces que se subió con Ernesto en el ultraligero de dos plazas (¡háganme el favor! A los ochenta años todavía y a los 90 también...), no se daba abasto de voltear hacia donde había alguna iglesia y repetir: “*En los cielos...*” Se “indigestó” de iglesias, pero bajó del avión encantada. Por cierto, un amigo de Ernesto, al verla bajar del ultraligero tan campante, mientras él lo había hecho todo pálido, espantado, le dijo: “Señora... ¡no la voy a olvidar nunca!”. Mención aparte es lo que solía decir cuando la cuestionábamos si no se iba a “indigestar” por escuchar tres misas en un fin de semana: “A la hora de la muerte tu mayor consuelo serán las misas a que hayas asistido”. Nada más qué decir. Sobre la misa por radio del Señor Obeso los domingos, en una ocasión se me ocurrió llamarla entre 8 y 9 AM. Me preguntó toda enojada, antes decirle algo: “¿Qué cosa quieres? No ves que está hablando el Señor Arzobispo”. Y me colgó. “¡Lo primero es el número uno!”, solía decir don Román Segura.

- Cuando murió el *nonno* Isaac en el rancho, en 1972, fue sepultado en el cementerio de San Rafael Río Seco. Años después, en 1978, la *nonna* Jacoba también, junto a él. Pero cuan-



“¡Ese *viejillo* que se fue a meter en medio!”.

do sepultamos a mi papá, el 13 de junio de 1984, ya había sido sepultado alguien en el espacio vacío junto a la *nonna* (entre la *nonna* y mi papá). En una ocasión mi mamá comentó enojada por la tumba que estaba entre mi papá y la *nonna*: “¡Ese *viejillo* que se fue a meter en medio!”... Sin palabras. Como si el señor que ahí sepultaron tuviera la culpa de ocupar el espacio que tal vez mi mamá quería para ella, junto a sus padres y mi papá. Como canta Juan Gabriel: “Así fue...” Pequeños destellos de subjetividad, nada más, nada grave.

- Dos anécdotas de mis padres, que sorprenden por lo insólito. Cuando comencé a vivir en México para estudiar la carrera, estuvo una semana de visita mi mamá para apoyarnos en la organización de la cocina. En una ocasión fui con ella a la *Comer* y en el regreso mi mamá sacó debajo de su suéter dos cosas que

había tomado sin pagar: un costurero y algo más que no recuerdo. Me sorprendió mucho y me reí por ello. Creo que entonces cayó ella en la cuenta de lo que había hecho y, muy apenada, me advirtió: “No vayas a decir nada en la casa”. Eran unos sesenta pesos “de robo”. Sé que tuvo que irse a confesar con el Padre Lao y luego, para tranquilizar su conciencia por lo que había hecho, ¡dio más de cien pesos de limosa en la iglesia! Salió más caro el caldo que las albóndigas. La segunda anécdota, ahora con mi papá: cuando se pusieron las galeras de pollo por el asoleadero (la galera cuatro), quedaba muy lejos llevar la luz desde la casa vieja, donde se ubicaba el medidor. Entonces mi papá tomaba la luz desde el poste en la esquina del asoleadero, todas las tardes, porque quedaba más cerca, para que los pollos tuvieran luz... gratis. Cuando tomé una foto por sorpresa, mi papá se asustó diciéndome que cómo se me ocurría tomar una foto así.

- Estos últimos años (éste en concreto, 2011), mi mamá, ya en la ancianidad (90 años), ha dedicado gran parte de su tiempo a tejer sentada en el corredor de la cocina y a rezar. Caminar ya lo hace con dificultad por las rodillas; necesita apoyo, pero no quiere usar bastón (“llévatelo de aquí o te lo *sorraj*o por la cabeza”, le dijo a Ernesto cuando le llevó uno). Sus dos ocupaciones son ahora (hasta los 90 años) leer, orar y tejer. Leer siempre ha sido una actividad habitual, sobre todo antes de dormir; del periódico lee la nota roja y argumenta que lo hace “para rezar por el alma de los que murieron en accidente o asesinados”... Sin palabras. Ora, como dice San Pablo, “sin cesar, a cada momento”. Ora

como respira; en realidad reza. Lo que más le gusta tejer es chambritas y cobijas para bebés, para luego llevar la ropa a un pueblo serrano, arriba de Coscomatepec, Tetelcingo, que es el pueblo más favorecido por sus tejidos. Pero mi mamá no tejía para llevar sus tejidos a mamás indígenas y a sus bebés: tejía para ir a ver al padre de Tetelcingo (o de donde sea) y entregarle al cura la ropa. “Él sabe a quién darle las chambritas, a quien él considere que las necesite”, decía ella. Lo que ella quería es saludar al padre y recordarle quién es y que él se encargara de distribuir la ropa a los bebés cuando haya bautizos. En una ocasión Dora María la llevó, pero no encontró al padre: no quiso dejar la ropa (¡faltaba más!), vaya usted a saber quién se quede con la ropa. Había allí una señora humilde con un bebé; Dora le dijo que le diera una chambrita para el bebé, pero mi mamá no quiso: “Es el padre quien sabe a quién darles las chambritas, a quien él crea que las necesite” (traducción: que el cura las entregue a los bebés después de los bautizos). No se diga más. Últimamente, con la pérdida de visión y debilitamiento de sus facultades, ya no le es posible leer bien ni poner bien los puntos a sus tejidos; se le salen, se salta, quedan las cobijitas como si el gato las hubiera desenredado... Da ternura ver eso, pero también su buena disposición a ayudar a las personas. El domingo 23 de enero de 2011, que la llevaba a Tetelcingo, me enterneció ver la madeja de hilos que eran sus cobijitas... Ya no pudimos ir porque se me descompuso el coche y Efrén se regresó con ella y con la caja de ropa que ella llevaba para dársela al Padre. Sin duda, “quien no vive para servir, no sirve para vivir”...





Los buñuelos...
"¡Chinguetas, apúrate!"

- Mención aparte merece la elaboración de los buñuelos durante las posadas, antes de Navidad, así como las tortillas hechas a mano en el bracero y cocidas con leña en un comal. Era una receta de familia. Ella no sabía hacer medio kilo sino al menos tres kilos de buñuelos, amasando en la mesa de la cocina con una botella de vidrio que, al amasar tan fuerte, iba recorriendo la mesa hasta topar en la pared. Era una barbaridad de masa. Hacía como tubos de masa, como de un metro de largo, y luego los pasaba por una máquina italiana para hacer spaghetti, pero con rodillos planos, de tal modo que la masa salía plana y larga. Las “lenguas de masa” se extendían sobre tiras largas de papel y luego se llevaban sobre las camas para que la masa se secara. Había que ponerse listo porque si se interrumpía “la cadena de producción” se daba una enojada; apenas nos daba tiempo de ir con las tiras de papel y masa a las camas y regresar por más. “¿Que no se pueden apurar?”, “chinguetas, apúrense, a qué hora vamos a terminar”, era lo menos que decía. Todas las camas de la casa quedaban cubiertas de tiras de papel con los buñuelos cuando los hacía en diciembre. Un olor a masa delicioso que impregnaba toda la casa.
- Cuando le pedí que escribiera la receta de los buñuelos, lo primero que me dictó es: “Hay que empezar con un Padre Nuestro y un Ave María” (¡faltaba más!). Recuerdo haber leído que, en el manual de reparación de una motocicleta japonesa, el primer paso decía: “Para poder reparar la motocicleta hay que tener paz en el alma” (Gibrán dice que el pan hecho sin amor no sacia el hambre de los hombres). Igualmente, si no se comenzaba con el Padre

Nuestro y el Ave María... ¡los buñuelos no salían buenos! Ciertamente eran únicos, fritos en manteca, muy delgados, había que ponerlos poco tiempo en la sartén para que no se doraran y al salir, se les espolvoreaba azúcar mezclada con canela molida. Una delicia. Ella repartía por todos lados sus buñuelos pero, obviamente, dentro de los primeros en recibirlos figuraban algunos sacerdotes y siempre le mandaba al arzobispo de Xalapa. Comíamos buñuelos durante las posadas, en la posada del rancho, Navidad y en la fogata de Año Nuevo. Era un olor cautivador y el sabor, una delicia. Y las tortillas hechas a mano, también.

Las tortillas de doña Silve.





Roberto y Clara Luz con Claudia, Ornela y Aldo.





Javier, Alfredo, Ernesto, Adrian y Dora María, 1965.



**Claudia, Aldo
y Ornela,
1990.**

Don Neto y Doña Silve con sus nietos, abril 1994.



Anexos

Finalmente, tres textos como anexos. Uno es como una remembranza tanto de la *nonna* como de mi mamá: la oración que se rezaba todas las noches, aunque no supiésemos lo que estábamos diciendo. La repetíamos como la oíamos (en la parte donde ahora sabemos que dice: *socorretela nelle sue necessitá*, Enrique sólo decía: *inini ni chu y nechesitá*, semejante a cuando cantábamos el Himno nacional en la escuela, que sólo decíamos: *masiosare*,). Pongo entre paréntesis el nombre de cada uno a medida que mi mamá nos iba incluyendo. El segundo anexo son unas palabras para el funeral de la tía *Chabe*, en Orizaba, el 9 de enero de 2006. El tercero, es algo que escribí para mi papá la madrugada del 12 de junio 1984, después que recibí una llamada de Victorio como a las 3 AM para informarme que mi papá se había ido. Tomé una pluma y me puse a escribir algo, para tener un desahogo ante tan mala noticia, pero que ya sabía que ocurriría.

I.

Oración de la Sagrada Familia

“O Gesù amorosísimo, che con le ineffabili virtù e con gli esempi della vostra vita domestica, santificasti la famiglia da voi eletta qui in terra.

Guardati pietoso la nostra che, postrata innanzi a voi, invoca propizio.

Ricordati che é famiglia vostra, perché a voi é specialmente dedicata e consacrata.

Assistila benigno (Papá), difendetela da ogni pericolo (Victorio), soccorretela nelle sue necessitá (Efrén) e dagli le grazie di mantenersi constanti (Enrique) nell'imitazione della vostra sacra famiglia (Roberto: “aquí entras tú”).

Affinchè fedelmente servendovi ed amandovi qui in terra (Hilda) possiamo poi benedirvi eternamente in Paradiso (Adelina).

Maria, madre dolcissima, all'intercessione vostra noi ricorriamo (Ernesto) sicuri che il Divin Figliolo (Alfredo) esaudirà le vostre preghiere (Adrián).

E voi pure e glorioso Patriarca San Giuseppe (Dora María), proteggeteci con la vostra potente mediazione (Xavier) ed offrite per le mani di Maria (Padre Lao) i nostri voti a Gesù” (Mamá: “este cachito es el que me toca a mí”). Amén.

II.

Para la tía Chabe
(*in memoriam*)



Isabel De Gasperin

(El Ocote, Huatusco,
4 de Abril del 1914 – Orizaba,
9 de Enero del 2006).

En el Caorame, Soranzen (BL).



“Hay bajo el Sol un momento para todo
y un tiempo para hacer cada cosa:
Tiempo para nacer y tiempo para morir”



Dice el *Eclesiastés*.

Estamos aquí reunidos para honrar y festejar la vida. Honrar y festejar *la vida bien vivida* por la tía Isabel. Casi 92 años de vida *bien vivida*. Porque la vida no es para sufrirla, ni para pensarla; es un regalo que se nos da *para disfrutar y compartir*. De esto nos dio un testimonio vibrante la tía *Chabe*, como le decíamos cariñosamente. No sólo nos indicaba con una antorcha en la mano por dónde es el camino para vivir la vida intensamente; lo hacía con su propio testimonio. No nos daba un ejemplo; simplemente, vivía.



“Corazón contento, rostro radiante.
El que tiene alegre el corazón
está siempre de fiesta.
Signo de un corazón contento es un rostro alegre”.



¿Cómo no poder aplicar estas palabras del libro de los *Proverbios* a la vida de la Tía *Chabe*? Bastaba con verle la sonrisa en los labios. Y no porque su vida hubiese sido toda de color de rosa, como en las películas. También supo lo que es el sufrimiento. Como cuando tuvo carencias económicas o cuando murieron sus padres, sus demás hermanos y su esposo, el tío Juan. Pero al sufrimiento le entró de frente, no lo esquivó. Porque con el trabajo uno transforma la naturaleza y nos asemejamos a Dios, que creó la vida; con el amor uno entra en contacto profundo con otro ser humano y experimenta el placer de amar y de sentirnos amados; pero en el sufrimiento uno entra en contacto profundo consigo mismo y se es transformado. “El que no ha pasado pruebas, poco sabe”, se lee en el *Eclesiastés*. De esos episodios salió fortalecida y reafirmó su gusto por la vida y el convencimiento que en la vida hay sufrimiento, pero que no venimos a este mundo a sufrir sino a gozar de la vida. Hay personas cristianas que viven el Viernes Santo, pero se instalan en él. Y hay quienes lo viven, pero también transitan hacia el Domingo de Resurrección y hacen una Pascua festiva. La Tía era una de éstas.



**“Disfruta de la vida.
No te prives de pasarte un buen día.
No hay riqueza mejor que la salud del cuerpo,
ni placer superior que la alegría de vivir”**



Se lee nuevamente
en el libro del *Eclesiástico*.

Su alegría de vivir era contagiante. Pocas personas mayores son testimonio cristiano de la alegría de vivir como ella. El filósofo Alan Watts dijo que **“ningún gran artista cristiano ha pintado jamás a un Cristo riéndose”**. Si la tía hubiese sido pintora, lo habría hecho. Bueno, lo hizo con su vida. Le dibujó la sonrisa a Cristo.

Como cuando realizó el viaje que tanto había deseado hacer en compañía de su hermana, la tía Rita, para conocer el pueblo de Soranzen (Belluno), donde vivieron sus padres: desde el aeropuerto de México mostró cómo disfrutaba de ese viaje, porque en lugar de permanecer sentada en una banca —tenía 84 años— fue a pedir que se le enseñara cómo llenar los formularios “porque la próxima vez voy a ir sola”, dijo sonriendo.

Y cómo contemplaba con ojos emocionados las montañas de los Alpes, los pueblitos; platicaba con los familiares y disfrutaba de la comida... y del vino. Y, desde luego, quiso meter los pies en el arroyo donde su mamá lavaba la ropa, el torrente Caorame, con el miedo de la tía Rita de que se enfermara, porque el agua de los Alpes estaba helada, pero no se enfermó. Se metió hasta las pantorrillas y cómo lo disfrutó.

Era, sin duda, una persona mayor con un corazón y ojos de una niña curiosa. *Ma ché donna!* (Pero... ¡qué mujer!), se expresaba de ella con admiración el primo Diego en Italia.

Sorprende citar aquí este texto del *Eclesiástico*. Es parte de la vida, un regalo de la vida, de lo que la tía *Chabe* disfrutó cuando tuvo la oportunidad. Como en

aquel restaurante de Colderú, en Lentiai, donde nació su papá, que no nos habíamos percatado de



“Alegría del corazón y bienestar para todo ser, eso es el vino que se toma con moderación”.





“Isabel... ¡te vas a enfermar!”.

que no tenía vino en el vaso: “Óiganme, óiganme, no me han servido vino”, reclamó como diciendo con buen humor y una gran sonrisa: “Entonces, ¿a qué vinieron?”.



Una mujer de carácter, ¿dónde hallarla?
Es mucho más preciosa que una perla (...)
Le tendió la mano al pobre,
la abrió para el indigente (...)

¡Las mujeres valientes son incontables,
pero tú a todas has superado!

¡Lo admirable en una dama es la sabiduría!
Reconózcanle el trabajo de sus manos:
un público homenaje merecen sus obras.



Termina con estas palabras el libro de la *Sabiduría*. Estamos aquí honrando la vida que Dios le dio y lo que usted hizo con esa oportunidad que tuvo, porque **“la vida no es nada: es la oportunidad para hacer algo”**, dice Hebbel.

La tía *Chabe* no construyó el puente de Metlac; no escribió libros, ni dio clases, ni fundó una escuela. Formó una familia y escribió el libro de su vida con testimonios vibrantes de generosidad, como cuando cuidó por meses, siendo soltera, de mi madre y su hijo pequeño en el Rancho San Felipe estando ella enferma, con testimonio de alegría de vivir. Sonriente. Ernest Hemingway dice de su personaje principal en la novela *El viejo y el mar*: **“todo en él era viejo, excepto sus ojos”**. Igualmente, los ojos de la tía nunca envejecieron. Tampoco su corazón.

Fue bendecida por Dios con una familia. Sus hijos Maribel, Graciela, Blas, Juan y Carmen son afortunados de haber tenido este testimonio de vida tan cercano por tantos años. Lo mismo sus nietos y bisnietos.



**“Cuando naciste tú llorabas y el mundo
se regocijaba;
vive tu vida tan intensamente que,
al momento de morir,
el mundo lllore y tú te regocijes”**,



Dice un proverbio
indio.

Cuando usted nació, tía, el cuatro de abril del 1914, muchos en el Rancho de la Purísima, en El

Ocote, se alegraron, mientras usted lloraba dando el primer respiro. Y apareció en esta vida para hacer el bien, para desparramar su alegría de vivir como se desparraman el polen y las flores en los cafetales. Y los que estamos aquí, que la queremos —y muchos que no pudieron venir— lloramos su vuelta a la Casa del Padre, mientras usted entra en ella con una gran sonrisa en el rostro. En realidad no entra: ya estaba usted en el paraíso porque lo vivió desde la Tierra.

Cuando murió la madre del filósofo San Agustín, éste consoló a su familia con estas palabras:



“No nos pongamos tristes por haberla perdido; alegrémonos por haberla tenido”.



Igualmente nosotros: su familia cercana, su hermana la tía Rita, sus sobrinos y demás familiares y amigos. Sí estamos tristes por haberla perdido. Pero más contentos por haberla tenido y haber disfrutado, cada quien a su manera, de su agradable compañía y alegría de vida.

“La muerte al alejarnos de quien se lleva, nos enseña a acercarnos a quienes deja”, dicen en la India ante la muerte de un ser querido. Por ello, **que su memoria nos sirva de bendición**. Una bendición para todos que nos acerque más a nuestros seres queridos vivos.

Permítanos, tía, sólo ofrecerle un reconocimiento caluroso a su vida *bien vivida* y despedirla hacia la Casa del Padre con un fuerte aplauso.

Roberto De Gasperin

III.

Para mi papá (in memoriam)



“Papá. Tengo muchas cosas que agradecer: agradecer tu vida sencilla y apacible; tu vida fue una vida discreta, silenciosa, sin ruido. Amabas a tu familia, tus raíces, tu trabajo. Naciste y creciste en el campo, muy cerca de la tierra, apegado a la naturaleza. Nos enseñaste a amarla y a

disfrutar del sembrar, del ver crecer y cosechar; disfrutabas el trabajar. Tu vida eran tu familia y el trabajo; el domingo venir a Río Seco a ver el partido de fut.

Quiero agradecerte también que hayas sido nuestro papá. Nosotros te escogimos como nuestro papá y quiero repetirte lo que te dije: que siempre estuve muy orgulloso de ti, agricultor; por el amor que nos contagiaste a la tierra. Si volviera a nacer te escogería nuevamente como mi papá.

Tuviste la oportunidad de ver florecer el café, de beber vino, de ver el futbol. Nos diste la oportunidad de estar contigo, de prepararnos, de irnos despidiendo.

Amaste tus raíces, tu familia y tu trabajo. Gracias por haber vivido con nosotros. Tu hijo, Roberto”.



Famiglia De Gasperin

della Provincia di Belluno

Origine a Padova, fu ammessa al Buon Consiglio nel 1281. Fatto smantare sulla fine Del XVII secolo, venne la storia della Veneta Repubblica per andare al Doge Novecento; alla Fetta podestà di Bergamo nel 1706; Giuliano provveditore dell'armata Venetiana all'epoca della guerra contro l'Impero IV. Questa Casa ebbe la conferma dell'antica nobiltà con Decreto Reale 2 ogni le 1888 del Re Umberto Iº per scettico.

Biblioteca Reale Marciana, Roma

